La Esfera

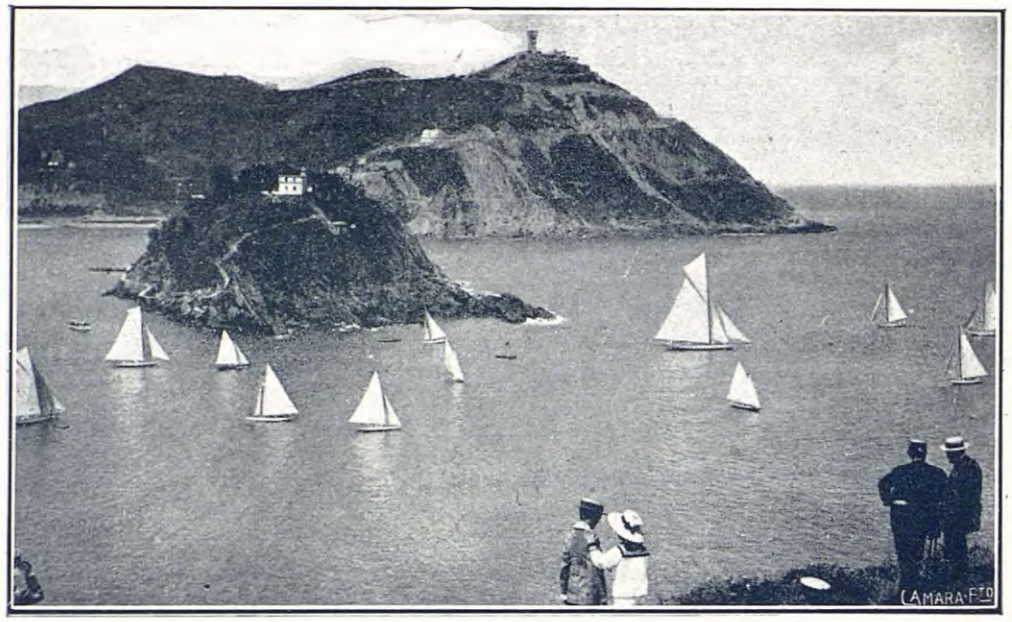
9 Septiembre 1916 — Año III.—Núm. 141

ILUSTRACION MUNDIAL

RETRATO DE LA SEÑORITA LOLA SORIANO, cuadro de Ignacio Zuloaga

DE LA VIDA QUE PASA

EL FARO DE IGUELDO



La isla de Santa Clara y el monte Igueldo

MUCHAS tardes, desde la barandilla del *restaurant* de Igueldo, suelo yo contemplar la blanca torre del faro que se yergue á media ladera, y á veces me acomete el prurito de reir. Miro el faro y lo veo tan distinto á como era; me considero á mí mismo, y me veo tan cambiado... Verdaderamente es gracioso que yo haya sido torrero de ese faro.

Hace muchos años, cuando la fortuna quería que viviese mi padre, yo estimaba grato subir al faro de Igueldo en los buenos días del estío. Entonces no había funicular ni casino, ni siquiera camino fácil; nadie osaba llegar al agreste monte, como no fueran los pacíficos y solitarios carabineros de la costa. Mi padre era torrero mayor, y una vez se quedó sin el empleado subalterno. Y me dijo: «Vaya, muchacho, mientras llega el segundo del faro, tú harás de torrero sustituto. Nos repartiremos la guardia de la noche como dos buenos camaradas.» Fuí, en efecto, torrero legal y consumado durante veinte días.

Mi padre era un hombre filosófico, entre alegre y sentimental, que había leído por décima vez un libro pequeño, cuajado de estampas: «La vida de Nuestro Señor Jesucristo.» En la repartición que hicimos de nuestros deberes profesionales, él se reservó la tarea de limpiar la máquina del faro, cargar las lámparas con petróleo y preparar las mechas. A mí me dejó únicamente el cuidado de la media guardia nocturna, ó sea el período que corresponde á la madrugada.

Con los ojos cargados de sueño, con el paso indeciso y la mente turbia, yo escalaba la torre y me situaba en el descansillo ó plataforma superior. Y en ese trance del semisueño, mi alma adolescente se encaraba de pronto con la negrura y el misterio de la noche silenciosa.

Tras los cristales de la cúpula, columbraba la sombra el guiño fugaz y alterno de los faros: Biarritz, Guetaria, Lequeitio, Machichaco. Una era una luz blanca y fija, otra era roja como el rubí, otra se desvanecía y trasmutaba caprichosamente. Eran las únicas evidencias de vida que llegaban hasta mí. El resto se componía de una sombra total, absoluta y medrosa. Entre tanto, en el interior de la torre, como un latido monstruoso, la máquina de relojería pronunciaba su fantástico tic-tac.

Hacía mi guardia concienzudamente, como un curtido torrero. Le daba cuerda á la maquinaria, despabilaba la mecha de la lámpara, me sentaba en la plataforma superior, junto á las grandes lentes aumentativas. ¡Qué lentas, qué graves horas sugestivas, con el silencio y la sombra más profundos en torno del faro, y el latido fantástico de la maquinaria repercutiendo en el centro de mi propio ser! Mis ojos sólo podían permitirse el espectáculo del cielo.

Allí estaban las constelaciones gravitando sobre mi pobre cerebro; allí las estrellas me guiñaban desde el fondo del infinito; y yo las miraba brillar, y mirándolas fijamente sentía apresurarse en mi espíritu las difíciles controversias metafísicas. Era la época de las primeras lecturas transcendentales... ¡Cuántas dulces ilusiones, cuántos pétalos de la rosa de la fe infantil, cayeron entonces, en aquellas horas de soledad inquisitiva, para no volver jamás! Ante mi ansiosa interrogación, ¡con qué fría y seca lógica me respondieron las estrellas, los mundos infinitos, la abrumadora inconmensurabilidad del Cosmos! ¡De qué manera tan desapasionada y vil perdió entonces el alma su virginidad y su candor!

Por malaventura, alguna noche hubo de rendirme el sueño; quedaba dormido bajo la pesadumbre del fantástico tic-tac de la máquina, y al despertarme sobresaltado veía que en mi rededor se acumulaban los fantasmas. Sorprendíame de verme allí, en tan extraño sitio. Me acometía tal vez un miedo pueril, y el compás misterioso de la maquinaria hacía más grande mi terror. Entonces asomaba los ojos á los cristales, y la sombra de la noche, matizada por los guiños de los faros, no aportaba, seguramente, mucha calma á mi espíritu. Una vez contemplé desde la torre un efecto de niebla; eran unas masas oscilantes de bruma que subían del mar, rozando las montañas, cabalgando como verdaderas figuras de fantasía ó de visión; en los lomos de la niebla, la luz del faro se reflejaba con efectos extraños y quiméricos. Aturdido y mal despierto, yo miraba todo aquello como una consecuencia de mis enfermizos excesos metafísicos.

Pero otras veces, cuando me dormía en la guardia, era todavía peor el despertar. Levantaba los ojos espantados: ¡la luz del faro se había extinguido!... Y consideraba, con el alma temblante, los míseros barcos que pueblan el mar, y el solitario piloto que vigila junto á la rueda del timón, y la luz guiadora que de pronto se extingue y deja la duda y la estupefacción en el ancho mar inseguro. Los otros faros me miraban con sus luces acusadoras y severas. Hacia la costa francesa brillaba la luz alterna, casquivana y futriva del faro de Biarritz; por el Poniente me miraban con austeridad española las luces de Guetaria, de Lequeitio, de Machichaco.

Yo me apresuraba á remediar el pecado. Mi padre, ignorante de aquella espantosa vergüenza profesional, dormía. Y alguna otra vez, bien lo recuerdo, sucedió que me durmiese á la madrugada, y al despertarme contemplé avergonzado que la aurora coloraba los montes, mientras mi faro seguía ardiendo. Todos los faros se habían apagado ya. Los otros torreros, desde sus torres, examinarían riendo la persistencia y contumacia de mi luz, ardiente en pleno día. ¿Que le habrá pasado á ese buen faro de Igueldo?...

¡Ah! ¡Si yo pudiese restituirme al seno de aquellas zozobras! Y saltar, durante el día, por entre los zarzales; seguir las sendas ignoradas; llegar á las rocas, y allí, en los huecos del acantilado, en un agua inmóvil y transparente, profunda y virgen, bañarme. O cazar grillos cantarines. O pararse de pronto en un alto y mirar lejos, hacia horizontes azules y países presentidos, deseados...

Con un tomo de versos de Heine en la mano, era bien dulce sentarse en un banco rústico, frente al espectáculo del mar y de las montañas. Hacer versos románticos, y soñar infinitamente.

Y al medio día, en santa paz y franco compañerismo, mi padre y yo comíamos una humilde y abundante comida que nosotros mismos habíamos condimentado, como hábiles Robinsones... y que hoy, á través del recuerdo de aquellas horas tranquilas, parece que tuvieron el sabor de la felicidad... El sabor de las más bellas ilusiones.

El faro de Igueldo — FOTS. GONZÁLEZ

JOSÉ M.ª SALAVERRÍA

LOS GRANDES ARTISTAS CONTEMPORÁNEOS

IGNACIO ZULOAGA

Autorretrato del pintor español Ignacio Zuloaga

Ignacio Zuloaga y Zabaleta nació en Eibar (Guipúzcua) el 26 de Julio de 1870. Desciende de una familia de artistas. A fines del siglo XVIII su bisabuelo Blas Zuloaga se distinguió como armero notabilísimo y organizó la Armería Real de Madrid. Luego Eusebio Zuloaga, hijo de Blas, fué el primero de los Zuloagas que resucitó el viejo y noble arte del damasquinado, é inculcó á sus tres hijos, Plácido, Germán y Daniel, el amor á la cerámica. Plácido, el padre de Ignacio Zuloaga, fué el discípulo favorito de Liénard, en París, y hábil orfebre, maestro en cincelados, damasquinados á buceta, en repujados é incrustaciones de oro y plata sobre hierro y acero, que han hecho célebre en todo el mundo el nombre de Eibar. En este ambiente de arte se desarrolló la niñez y la adolescencia del más alto de los pintores españoles contemporáneos, del que había de significar en el siglo XX lo que Velázquez en el siglo XVII y Goya en los comienzos del XIX, como heredero directo de estas dos inmensas figuras de nuestro arte. El año 1891 expone por primera vez en París con varios impresionistas en una exposición particular del marchante de cuadros Le Boutterille; en 1894 figura por primera vez en el Salón con los lienzos *El enano de Eibar* y *Retrato de mi abuela;* en 1893 su autorretrato obtenía el primer éxito sólido en la Société Nationale de Beaux Arts; en 1900, cuando París empezaba á fijarse entusiasta en los días del joven maestro, el jurado español le rechazaba su cuadro *Antes de la corrida*, que destinaba á la Exposición Universal. De este hecho vergonzoso parte la inconsciencia y la mala fe de ciertos elementos españoles contra Zuloaga, y la gloriosa reputación que hoy día tiene el maestro en todo el mundo. Posee incontables medallas de oro, y todos los Museos de Europa y América conservan lienzos suyos. Su influencia sobre la pintura española contemporánea es indudable y manifiesta.

PINTURA CONTEMPORÁNEA

MI PRIMA CÁNDIDA, cuadro del eminente pintor Ignacio Zuloaga

EL ARTE DE ZULOAGA

"Una rusa"

"Un torerillo"
(Cuadros de Ignacio Zuloaga)

"Retrato de mi padre"

Las grandes naciones—dice Ruskin en el prefacio de *St Mark's Rest*—escriben su autobiografía en tres manuscritos: el libro de sus hechos, el libro de sus palabras y el libro de su arte. Ninguno de estos manuscritos puede ser perfectamente descifrado si no leemos también los otros dos; pero, de los tres, el único absolutamente digno de fe es el último. Porque los hechos de una nación pueden ser triunfales gracias á su buena suerte y poderosas sus palabras merced al genio de algunos de sus hijos; pero su arte no puede serlo más que debido á los dones comunes y á las simpatías universales de toda su raza.»

Estas palabras parecen haber sido escritas para Zuloaga, el pintor en quien «los dones comunes y las simpatías universales de su raza» están latentes y representativas.

Es el pintor más genuinamente español de nuestra época. Recordad sus ídolos: Velázquez, Greco, Goya. Evocad sus figuras de campesinos castellanos, de mozas andaluzas, de toreros, de frailes, de mendigos, de fanáticos religiosos, de hidalgos que parecen arrancados de cervantinas páginas; sus paisajes de viejas y románticas ciudades, de llanuras desoladas, de plazas pueblerinas calenturientas por la fiebre de las capeas; pensad por un momento en el propósito flagelador, cicatrizador, de sus cuadros en que se muestra la barbarie taurina ó el embrutecimiento de los hombres adormecidos en los pueblos muertos, bajo una fe más idolátrica que consciente. Sin embargo, esta pintura realista, exacta y verídicamente realista, de España, es lo que se devuelve á Zuloaga como un reproche de inverosimilitud. Porque tenemos automóviles y aeroplanos y telégrafo sin hilos creemos que toda esa lepra ancestral ya no existe en España. Se repite el caso de la dama vieja y fea de la poesía clásica al arrojar el espejo en vez del rostro fielmente reflejado por aquél. Escribo, precisamente, este artículo en una vieja ciudad castellana inmortalizada por Zuloaga en algunos de sus lienzos: Avila.

"Segovia", dibujo de Ignacio Zuloaga

Y Avila, como Segovia, como Salamanca, como Toledo, no es únicamente un prodigioso museo arqueológico; no se limita á la arquitectura la sugestión evocadora de otros siglos pretéritos; no nos transportan solamente sus templos, palacios y murallas á las épocas hundidas. Es todo: el ambiente, las figuras, las costumbres, los populares regocijos y las arraigadas creencias. Un abulense de hoy no pertenece á la vigésima centuria; es un hombre del xv, del xvi, del xvii, cuando más. Deleitan al turista, complacen y maravillan al artista ese estancamiento de la vida de las ciudades y de los seres, esta inconsciente obstinación de las órbitas demasiado pequeñas y de los círculos exiguos en que se mueven todavía. Pero al sociólogo le entristecen profundamente. De nada sirve ampararse en lo pintoresco, en lo característico, si después un pintor ó un psicólogo deducen consecuencias dolorosas y vergonzosas para el porvenir de nuestra raza en esas cualidades pintorescas y características.

□□□

Zuloaga, como los grandes pintores de todas las épocas, es, antes que otra cosa, un retratista. Su obra entera es una inmensa, una viviente colección de retratos. Lo mismo en los cuadros tendenciosos que en los simples grupos de campesinos, que en los lienzos de mujeres elegantes y hombres célebres, Ignacio Zuloaga se ha esforzado siempre en desentrañar humanas psicologías.

No es de ahora en que, colocado á la cabeza de los pintores actuales, lógicamente significa un honor y un derecho á la inmortalidad ser

pintado por Zuloaga, sino de los comienzos difíciles, cuando, instalado por primera vez en París después de sus viajes á Roma y á Andalucía, tanteaba Zuloaga su personalidad entre los impresionismos y neosimbolismos de Gauguin y Van Gogh y Signac y Toulouse Lautrec y Wuillard y Maurice Denis, cuando se apropiaba la frase de Delgado: «el aire libre no sirve más que para respirar». Agrupadas ó aisladas las figuras, simbólicos ó realistas los fondos, retratos es lo que pinta siempre el maestro. Retratos sus numerosas figuras de *Mi prima Cándida* y de los demás personajes de la familia de su tío Daniel, desde el cuadro que se conserva en el Luxemburgo hasta el admirable lienzo expuesto recientemente en Zaragoza; retratos todos sus desnudos femeninos, desde *Celestina*, *Irene* y *Lasitude* hasta las *majas del clavel* y *del papagayo*, pintadas últimamente; retratos estos mozos sonrientes de *El piropo* y *La vendimia*, que pueden retar impunemente á *Los borrachos*, de Velázquez, hasta las modernísimas figuras de mujer reproducidas en color en este número, y donde se adivina la nueva técnica simplicista del gran pintor; retratos sus torerillos de pueblo, sus brujas de San Millán y sus mendigos, lo mismo que estas sutiles y refinadas féminas del París *avant guerre;* retratos de una raza ó de un tipo representativo de ella; ¿que más da?

Dos de sus lienzos más célebres son retratos de dos extranjeros: francés el uno, argentino el otro. Y sin embargo, Maurice Barrés, meditando frente á Toledo su libro sobre el Greco, y Larreta contemplando en Avila, tendida á sus pies, el escenario de *La gloria de D. Ramiro*, son también comentarios bellísimos de este amor que siente Zuloaga por la verdad y por su patria.

□□□

"En el balcón" (plaza de Sepúlveda), cuadro de Ignacio Zuloaga

Ya como asunto único, ó simplemente como fondo complementario del personaje ó del carácter de la escena en los cuadros de figura, tiene el paisaje zuloaguesco un sello de inconfundible originalidad, de visión inédita y justa de Castilla.

No es el paisaje que pudiéramos llamar anecdótico, en que el pintor elige aspectos aislados, rincones típicos ó amplios espacios en que la minuciosidad técnica ó la fantasía imaginativa triunfa sin emoción y sin expresión.

Lejos también las opulencias muelles y sensuales de los venecianos; las ingenuas agrupaciones de edificios entre risoteras campiñas serpenteadas por riachuelos de aguas transparentes, que amaban los primitivos; ni siquiera esas tranquilas planicies, austeras y señoriales, de Velázquez.

No. Ignacio Zuloaga interpreta siempre las viejas, las calcinadas de sol, las polvorientas ciudades de Castilla.

Dentro del recinto medioeval de sus murallas, detenidas en inexplicable movilidad de cataclismo á mitad de un cerro, ofrecidas en holocausto á las siderales inclemencias, en una llanada reseca y desolada, todas estas ciudades están vistas de lejos, sin que haga falta ver por dentro sus calles, sus paseos, sus caminos ni sus iglesias, cuyas torres, destacándose de entre el apiñamiento de los tejados pardos, hablan todavía de los remotos estilos románico, gótico y bizantino...

Si no la *España negra* del poeta belga, es la *España en escombros* del moderno escritor español. Huraña, hostil, inhóspita, reconcentrada en su pasado bélico ó místico y en su presente miserable. Construída sobre la roca viva ó sobre tierra polvorienta, igual da para su penuria ó su silencio bajo las lumbradas implacables del sol y bajo las blancuras gélidas de la nieve. Se asfixian el alma y el cuerpo ante la angustia bárbara de estos pueblos dormidos. Tiritan de frío las ideas como los ateridos miembros bajo las capas pardas remendadas, en las noches invernales, cuando se contempla esta visión áspera, bravía y desconsoladora de la vieja Castilla.

No importa que detrás de las piedras, roídas de sol y de siglos y enmantadas de polvo, haya moceríos cantarines é ilusionados y que al lado de un ruinoso ábside románico lance hacia fuera una casa un balcón florido de tiestos y que por las mismas calles guijarrosas, por donde cruzan perros comidos por la sarna y clérigos rollizos, vaya de cuando en cuando un poeta enamorado, como el pino de Heine, de la palmera sensual y frondosa bajo cielos de azur.

Si ésto puede presentirse, no se concibe jamás viendo los paisajes zuloaguescos. Una implacable fiereza les ha hecho surgir por primera vez tal como en realidad son. Ni siquiera compensa el maestro la seca imprecación de las piedras, ni el yerto reposo del llano con la gracia azul de las vernales mañanas ó con la pompa cadmio de los vésperos del estío, cuando el sol encalidece como enormes amatistas y rubíes enormes á los seres y las cosas bañadas en su luminosa agonía.

Por el contrario, Zuloaga oprime, aplasta, condena con más irremediable castigo estas viejas ciudades, estos pueblos escombrosos, bajo unas nubes negras preñadas de tormenta y de maleficio; nubes plúmbeas que desmochan las torres, que decapitan los montes rocosos, que parecen recoger en sus infladas convexidades el humo denso de los pretéritos incendios cuando las noches de asalto en que los guerreros enemigos sedientos de agua, de venganza y de lujuria... entraban.

Así, estos fondos sugieren fatalmente, inevitablemente las escenas que Zuloaga ha sabido adivinar y pintar de un modo decisivo y viril. ¿Acaso en estas ciudades trágicas no se conciben monstruos como *Gregorio el botero*, viejas horrendas como *Las brujas de San Millán* y axesuales seres como las sofaldadas *Mujeres de Sepúlveda?* ¿No hablan de místicos, languidecidos, espiritualizados tal como les viera Domenico Teotocopuli y tal como les ha visto Zuloaga en *El piropo*, *Melquiades*, en *Peregrino español*, en *Francisco y su mujer?*

De aquí también, como lógicas consecuencias del medio ambiente, en una perfecta identificación con las teorías de Hipólito Taine, surgen

la barbarie taurina y la exaltación religiosa. Son *Los ídolos futuros*, *Los torerillos de Aldea* y ese trágico jinete de pesadilla que se llama *La víctima de la fiesta*. Son también los alucinadores lienzos *Los flagelantes*, *El Cristo de la sangre* y *El Cardenal*, cuya fuerza demoledora es tan intensa que hace retroceder al fondo de la conciencia los más audaces comentarios.

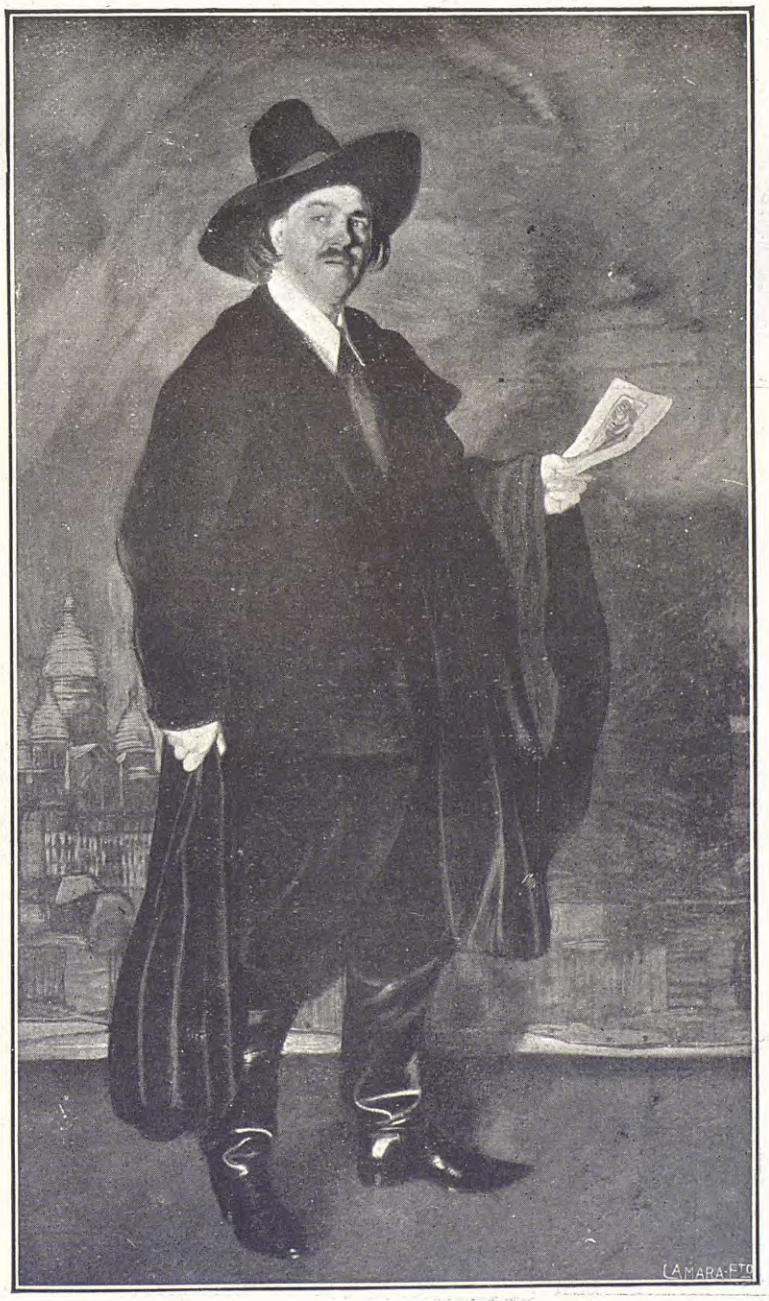
Sin embargo, esta nota pesimista, dramática, inquietante, no es la única de Zuloaga. Hay otra que da blancura de contraste á la negrura del españolismo trágico. Es lo que puede llamarse «alegría zuloaguesca». Alegría penetrante, sugestiva, que nos envuelve como un perfume y nos consuela como una caricia de tanto sangriento horror y de tanta sangrienta cobardía intelectiva como reflejan sus cuadros.

"La Condesa Mathieu de Noailles", retrato de Ignacio Zuloaga

Esta alegría en el arte de Ignacio Zuloaga se debe á la mujer. Embriagan nuestros sentidos y fortalecen nuestro idealismo las mujeres de Zuloaga. Ponen ninfeas transparencias blanquirrosadas en el ambiente gris y lo encalenturan de sensualidad. Son gitanas de copla, andaluzas de reja plateada de luna y nevada de jazmines, madrileñas de sainete popular y damas nobles que podrían competir en elegancia aristocrática y castizo desgarro con las duquesas de Goya.

Y todo ésto que se ha calificado de *pintura literaria* por los empalidecidos de envidia, por los insensibles de incultura, por los desautorizados en estética, está pintado de un modo extraordinario y magistral.

Ignacio Zuloaga pinta sin vacilaciones y sin tanteos indecisos. Une al dibujo firme, enérgico, la riqueza cromática. Completa con el sabio y gracioso arabesco la belleza de las gamas. A veces el pincel agrupa el color en gruesos amontonamientos; á veces el paso de unos trozos á otros, las veladuras son tenues, ligeras, delicadísimas... Construye á la manera de los grandes maestros y no retrocede ante ninguna audacia colorista que pueda cambiar—á los ojos de un experto—la solidez afirmativa de un cuadro en la simplificación plana de un cartel... Poco á poco ha ido predominando en él la virtuosidad del procedimiento. Sus últimos lienzos son demasiado sobrios, demasiado simples. Aunque antes y ahora y siempre su altísima estirpe artística le permitiría decir lo que la célebre cantantriz romana á quien el vulgo ignaro no comprendía: *¡Equitibus cano!* — SILVIO LAGO



"El cantor Buffalo"

"Madame Garrett"

(Retratos originales de Ignacio Zuloaga)

ALGUNAS OBRAS DE ARTISTAS VASCOS

"Mujer vasca", cuadro por A. Martiarena

"Marina", por Salís, propiedad de S. M. el Rey

"Pescadora vasca", cuadro de Julián Tellaeche

Sirvió una reciente exposición en el antiguo *Hotel du Palais* de San Sebastián para poner de manifiesto la innegable importancia del arte vasco contemporáneo. Como justificando la identificación de los artistas con el medio ambiente, ornaban las salas en que aquella exposición se celebró diversos productos de arte popular.

Se ha dicho al hablar de los pintores bilbainos que debían destacarse ante todo los nombres de Zuloaga, Regoyos y Zubiaurre.

También ahora deben citarse. Aun aquellos que por su más ó menos larga estancia en París han podido sufrir las influencias de modernísimas escuelas francesas, no pueden negar la sugestión ejercida en ellos por Zuloaga, Regoyos y los hermanos Zubiaurre y Salaverría.

De Zuloaga se habla en otro lugar de este número con todos los honores que merece su altísimo talento.

A Darío de Regoyos, el admirable paisajista que dió á la pintura española una sensación de aire libre y de vibradora luz que no tenía, se le debe todavía un estudio serio y extenso.

Valentín y Ramón de Zubiaurre son los creadores de una visión inédita, personalísima y muy exacta de la Vasconia actual.

"Jugadores de brisca", cuadro de Alfonso W. Sena

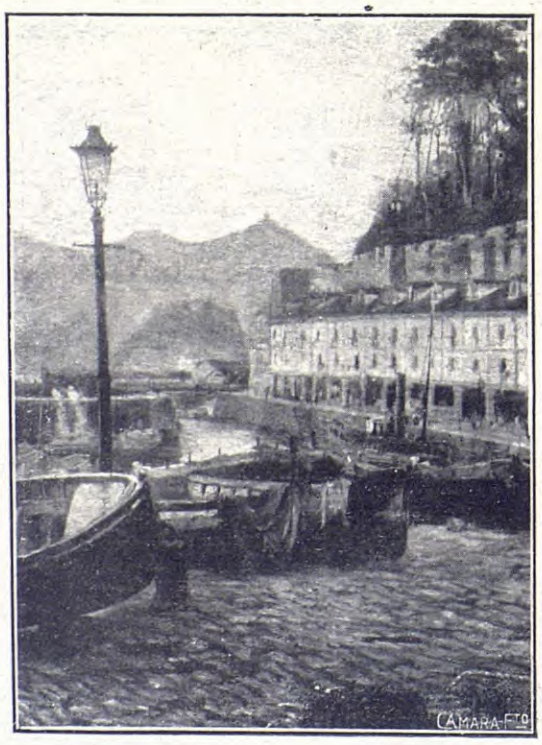
Pero no se puede olvidar tampoco á otro genuino y admirabilísimo intérprete de Guipúzcoa: Elías Salaverría.

Salaverría es una de las más legítimas glorias de la pintura contemporánea.

Su obra más reciente es el de San Ignacio, que ha pintado por encargo de la Diputación de San Sebastián y que me parece no solamente una de las mejores obras del ilustre artista, sino el más fiel trasunto de cómo debió ser Iñigo de Loyola.

Es un canto austero, melancólico, altivo é idealizado por el misticismo este último lienzo del autor de *El Corpus en Lezo*.

Citemos igualmente los nombres de los marinistas Gordon y Salís, que han interpretado muchas veces aspectos de la brava costa cantábrica; de Ugarte é Yrureta, que, alejados de este moderno renacimiento pictórico, no son por ello menos dignos de alabanzas en cuadros como *El asilo* y *La ondina*, respectivamente; el paisajista y caricaturista Cabanas Oteiza, á quien una exposición de sus obras en Madrid sirvió para obtener un gran éxito; Arcaute, Martiarena, Tellaeche y Sena, tres jóvenes de positivo talento que poco á poco, y con mucha justicia, van adquiriendo sólida reputación.

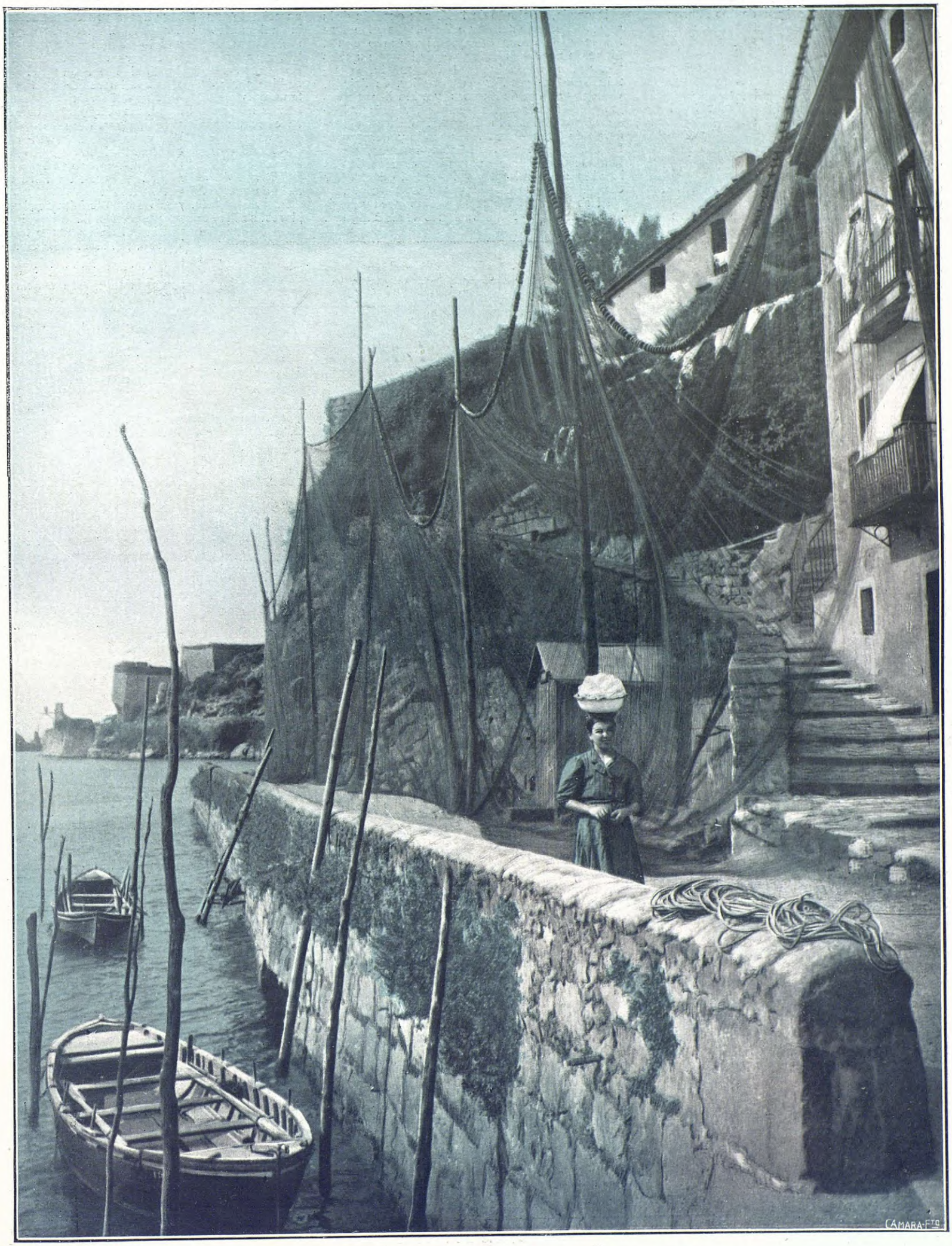


"Viejo muelle", cuadro de R. Gordon

"Ondina", cuadro de A. Irureta

"La parroquia", cuadro de D. Regoyos

BELLOS ALREDEDORES DE SAN SEBASTIÁN



UN TÍPICO Y PINTORESCO RINCÓN DE PASAJES

FOT. KURT HIELSCHER

LOS FUEROS DE GUIPÚZCOA

Antiquísimo es el origen de los Fueros de Guipúzcoa. No fueron dados por nadie á la provincia, sino elaborados por el pueblo mismo, de una manera lenta, al través de los siglos. Trasmitidos de generación en generación, la costumbre y el uso, les fueron dando firmeza y carácter de instituciones políticas permanentes, y por ellos se rigió el pueblo guipuzcoano, hasta fecha recientísima.

La brevedad del espacio nos obliga á hacer sólo ligeras consideraciones acerca de lo que representan estos Fueros.

Unida Guipúzcoa á Castilla, como es sabido, en tiempos de D. Alfonso VIII, continuó rigiéndose por sus leyes propias. El Rey era el mismo; pero el Gobierno y la administración del país completamente distintos é independientes unos de otros. El pueblo castellano se gobernaba por sus Cortes; el de Guipúzcoa por sus Juntas, y así, paralelamente, con un sólo Monarca y sin recelos ni suspicacias, fueron creciendo en grandeza y en poder ambas regiones.

A mediados del siglo XIV, y debido principalmente á la importancia que tomaron algunos señores ó casas fuertes de la provincia, que, á imitación de sus vecinos de Castilla, pretendían erigirse en autoridad por medio de la fuerza, parece que empezó á relajarse el cumplimiento de los Fueros, acudiendo entonces la provincia al Rey en demanda de protección y auxilio contra el abuso de autoridad de dichas casas. Dió esto lugar á que se tomaran dos medidas: una, la Hermandad de todos los pueblos; otra, la recopilación de todas las leyes y disposiciones que desde larga fecha venían practicándose, sin que hasta entonces, se hallasen escritas en parte alguna. Por la primera, se robusteció el Poder del Pueblo, contra los Grandes. Por la segunda, se dió mayor fuerza á las antiguas y tradicionales leyes.

La primera recopilación, compilación ó cuaderno de éstas se efectuó en las Juntas generales de Tolosa, en el año de 1375, confirmándolas el Rey D. Enrique II en la ciudad de Sevilla, á 20 de Diciembre del mismo año.

Posteriormente, y en vista de la utilidad reportada por esta colección, se completó y mejoró con el aditamiento de nuevas leyes y disposiciones que se estimaron necesarias al bien público, hasta el número de 60, haciéndose esta nueva recopilación en las Juntas que se celebraron en la villa de Guetaria y en el coro de la Iglesia parroquial de San Salvador, el año de 1397. Estas Juntas fueron presididas por el doctor Gonzalo Moro, Corregidor de Guipúzcoa, junto con los Procuradores de las villas que tenían voto.

Mas parece ser que, á pesar de tales Ordenanzas, continuaban las leyes incumplidas «por la sobrada autoridad que se adrogaban algunos caballeros» para apadrinar á los delincuentes que se refugiaban en las Casas fuertes de los poderosos, durando esta mala plaga hasta el año 1457 en que vino el mismo Rey Enrique IV mandando derribar y allanar todas las Casas fuertes de los que vivían en bandos y que no se reedificasen con la fortaleza que tenían anteriormente.

Este mismo Rey confirmó las Ordenanzas de la Provincia y añadió otras nuevas hasta el número de 147.

Después, en el año de 1463, con ocasión de la segunda jornada del Rey á Guipúzcoa y frontera francesa, sobre las diferencias que tuvo con el Monarca aragonés D. Juan II, de las que ambos hicieron árbitro á Luis XI de Francia, sometió á los Doctores Fernán González, de Toledo, y Diego Gómez, de Zamora, y á los licenciados Juan García, de Santo Domingo, y Pedro Alonso, de Valdivieso, la disposición de otro Cuaderno de Ordenanzas reformando y derogando las inútiles antiguas y añadiendo otras, ejecutándose este intento en las Juntas celebradas en la villa de Mondragón á 13 de Julio de 1463, y conteniendo este Cuaderno 207 Ordenanzas.

Diéronse posteriormente varias leyes y privilegios, así como confirmaciones de las antiguas, pareciendo conveniente hacer otra Recopilación, la cual se hizo en el año 1583, quedando suprimidas algunas disposiciones anticuadas é inútiles, y agregándose las nuevas. De este Cuaderno se vino usando hasta el año 1696, en el que se hizo por primera vez la impresión de todas las Leyes y Ordenanzas confirmadas que estaban en uso en esa fecha, mas alguna nueva que se estimó necesario promulgar. Esta Recopilación constituye el libro venerando de los Fueros de Guipúzcoa, que con tal religioso respeto ama todo buen hijo del país. Fué impreso en Tolosa, por Fernando de Ugarte, y forma un libro en folio de elegantísima impresión.

Posteriormente, y en vista de la falta de ejemplares, se hizo una nueva edición ó reimpresión, que es la última, en el año 1867, en Tolosa, por Andrés de Gorosabel.

Ante la imposibilidad de dar una nota bibliográfica exacta y detallada de este libro, diremos que la «Recopilación de los Fueros, Privilegios, Buenos Usos y Costumbres y Ordenes de la M. N. y N. L. Provincia de Guipúzcoa» consta de 41 títulos, divididos en capítulos, y termina por las Confirmaciones de los Monarcas castellanos, hasta Fernando VI inclusive.

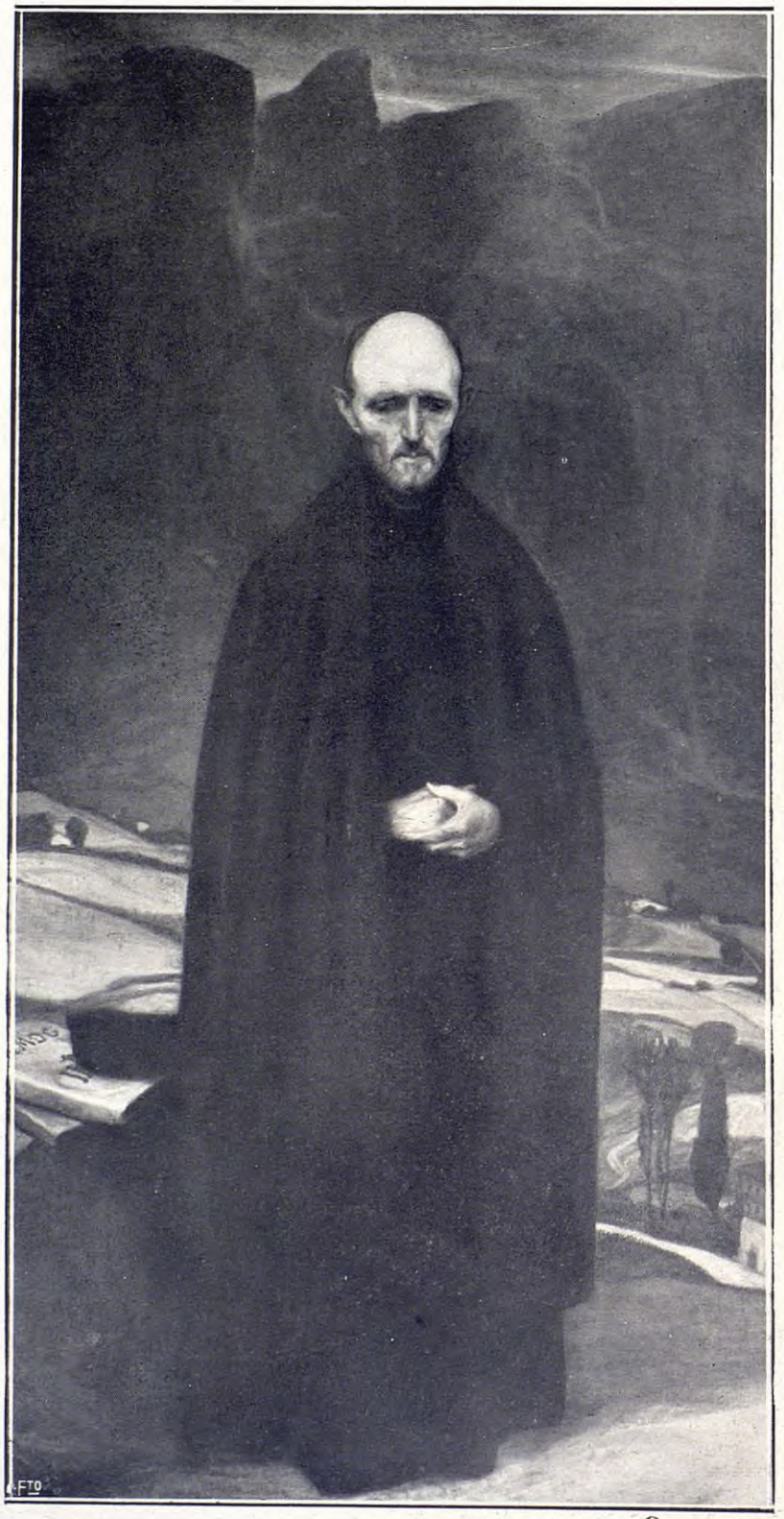
Constituye el libro de los Fueros un Código de carácter político en el que se establece la base de relaciones entre la Provincia y los Monarcas de Castilla, vedándoseles á éstos la enagenación de parte alguna de su territorio (cap. VI, tít. II), prohibiéndoles el imponer contribuciones á la Provincia á no ser á instancia y solicitud de ésta, así como también la de nombrar corregidor sin que la Provincia lo pidiese (cap. VII, tít. II). En estos principios fundamentales radica nuestra autonomía económica y administrativa. Por último, ante la imperiosa necesidad de contenernos en un espacio limitadísimo, sólo añadiremos que después de tratar de las materias más importantes como la exención de tarifas aduaneras, libertad de Comercio y Navegación, pesos y medidas, puentes y caminos, legislación forestal y pecuaria, etc., etcétera, termina el libro con las Confirmaciones de los Monarcas castellanos, incluso la de Fernando VI.

Ningún otro Rey después de éste confirmó los Fueros, mas quedaron solemnemente reconocidos por la ley de 25 de Octubre de 1839, y se continuó usando de los mismos hasta el año 1876 en que se promulgó la famosa ley de 21 de Julio. Esta ley se cumplió en cuanto tiene de onerosa para la Provincia, pero quedó incumplido el art. 4.°, por el que se autorizaba al Gobierno para acordar, con audiencia de las Provincias de Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, si lo juzgara oportuno, todas las reformas que en su antiguo régimen foral exigía así el bienestar de los pueblos vascongados como el buen gobierno y seguridad de la Nación.

El Gobierno de la Restauración no creyó oportuno oir á las Provincias ni atendió para nada al bienestar de los pueblos vascongados. Fueron las leyes gasas con que el gran estadista creyó necesario cubrir el pudor de aquel despojo. Y como no significaban nada, nuestros Fueros quedaron prontamente sacrificados.

EL CONDE DE CHURRUCA

El Patrón de Guipúzcoa



SAN IGNACIO DE LOYOLA

Cuadro del ilustre pintor D. Elías Salaverría, pintado para el salón de retratos de hombres ilustres de la Diputación de San Sebastián FOT. CAMPÚS

DONOSTIARRAS OLVIDADOS DEL SIGLO XIX

San Sebastián no puede presentar en las dos últimas centurias una figura de tan extraordinario relieve como la de aquel humilde y elocuentísimo sacerdote que se llamó D. Vicente Manterola.

Manterola fué el orador sagrado más elocuente del siglo XIX. Como polemista, ganaba las plazas en todas las oposiciones que se presentaba, á pesar de las contrariedades que siempre tuvo que vencer contra enemigos y envidiosos suyos.

Escritor, el *Semanario Vasco-Navarro*, que lo componen cerca de diez tomos gruesos, sus libros y folletos, sus hojas de propaganda, dan clara idea de la actividad de aquel espíritu creador y elevado.

Era tan buen orador sagrado como profano. Cincelaba el habla castellana con tal maestría, que aquel dominio suyo daba idea clara del artista maravilloso que de tal modo enaltecía la cátedra del Espíritu Santo. Resplandecía siempre en sus oraciones la claridad, el orden, la elevación y el estilo, y se sucedían las ideas ante la inteligencia de los oyentes como los diversos cuadros de un panorama.

Manterola habló en las Cortes Constituyentes de 1869. ¡Y con qué maestría! ¡Con qué seguridad! ¡Con cuánta elocuencia! Tan bien habló, que un escritor prestigioso y liberal, como don Francisco Cañamaque, decía en sus *Oradores de 1869*, que «la Cámara comprendió desde luego que el adversario era temible, y que Castelar tendría que hacer un esfuerzo».

Y así fué. Castelar se levantó frente á Manterola. Y Castelar habló. Y Castelar tuvo que contender con Manterola, habiendo en aquella Cámara oradores tan esclarecidos y políticos tan parlamentarios como Ríos Rosas, como Figueras, como Martos, como Olózaga, como Becerra, como Montero Ríos, como Echegaray...

Si las mitras se diesen á la sabiduría, Manterola debió haber llegado á las más altas cumbres de la jerarquía eclesiástica con méritos y con justicia. Pero Manterola fué demasiado bueno y sabía también muchísimo más que no pocos ambiciosos que le perseguían sin cesar. Y fué simplemente canónigo magistral de la catedral de Vitoria. Dedicó su vida entera á propagar desde la cátedra del Espíritu Santo las verdades eternas. En Madrid, Toledo, Sevilla y otras capitales de España dejó imborrables recuerdos de su elocuencia. Y en la catedral de Barcelona pronunció conferencias tan elocuentísimas sobre el Espiritismo, que más tarde llegaron á publicarse en un grueso volumen de 500 páginas.

Manterola vivió y murió pobre. Supo predicar tanto ó más que con su palabra maravillosa, con aquella vida y obras suyas de perpetua recordación. Y es que su vida fué la mejor de sus obras. Aquella alma delicada y generosa dió cumplido término en momentos que predicaba en Alba de Tormes la novena de Santa Teresa de Jesús.

D. VICENTE MANTEROLA

Debiera ser inmortal el recuerdo del elocuentísimo donostiarra, pero D. Vicente Manterola, el insigne y sabio canónigo, yace olvidado, como olvidados están Vinuesa, otro gran orador, como Fernando de Norzagaray, como Antonio Peña y Goñi.

□□□

También como Manterola, nació entre las brumas del Cantábrico aquel escritor, crítico y compositor musical que se llamó Antonio Peña y Goñi.

Apenas si hay periódico ni revista de la segunda mitad del siglo XIX donde el espíritu inquieto y mordaz de Peña y Goñi dejase de exteriorizar los sentimientos que á borbotones salían siempre de su mágica pluma.

El espíritu de Peña y Goñi, abierto á todas las impresiones, necesariamente había de transformarlas con su inspiración ó su pluma en sentimiento artístico. Por eso, cuando tropezaba en la vida del arte y la literatura con almas mediocres, salían de sus manos flageladas para después cuidarse de elevar otras de estirpe grandemente espirituales.

La nota esencial de las obras de Peña y Goñi son la vivacidad y el ingenio. Fué múltiple en sus sentimientos, tenaz en sus convicciones, variado en sus matices. Y si aquellas burlas suyas fueron siempre mortales, no hemos de olvidar que su obra toda está llena de amor y de luz.

¡Qué cariño para todo lo noble y lo justo! ¡Qué admiración para todo lo bello! ¡Qué amor tan grande á lo sublime!

Ahí está su pensamiento sobre el arte en aquel trabajo titulado *Arte y patriotismo, Gayarre y Massini*.

Su figura, en la *Pelota y los pelotaris*.

Su ingenio y verbosidad en *Guerrita y Lagartijo y Frascuelo*.

Su patiotismo en la *Opera española*.

Su alma, su cariño, su amor de los amores, en *Basconia*, composición musical que en el país de la tenacidad y la fortaleza más gusta cuanto más se oye. Y así fué Peña y Goñi hasta su muerte: todo espíritu, ingenio y humorismo. Olvidarlo y olvidar su obra no es de ciudades hidalgas y señoriles. Menos aún de razas cuya estirpe es de alientos espirituales y cuyo genio se perpetúa de tiempos que ya vivieron...

□□□

Fué también Fernando de Norzagaray militar aguerrido y valiente. Diplomático hábil y cauteloso. Político y gobernante de muy alto patriotismo.

Era Norzagaray de recia estampa y corazón leonino; nacido y creado para la acción. Tan curtido en la pelea, que desde sus años más juveniles fué mozo inquieto y temerario que tan sólo pensaba en rematar proezas. Y es que Norzagaray heredó y supo mantener gallardamente el brío y gentileza de sus gloriosos antepasados, cuyos blasones y escudos de armas concedidos fueron el año 844 por el rey D. Ramiro I en la batalla de Clavijo.

Muerto fué su padre D. Fernando, de grata memoria y también comandante de Ingenieros, en la voladura del Fuerte de Almazán, durante la guerra de la Independencia. Y entonces precisamente es cuando su hijo, también Fernando, da comienzo á su vida militar.

En la primera guerra carlista, contra Zumalacárregui. En la sangrienta acción de Erice, el 18 de Junio de 1834, y más tarde en la de Ochagavía, demostró desde muy joven dotes extraordinarias de militar arrojado é inteligente. Apenas tendría treinta y un años cuando por mandato de la Reina Gobernadora, el 8 de Abril de 1840, fué nombrado ministro de la Guerra, y si como militar estudioso y enterado de cuanto dependía de su ministerio supo acreditarse, no lo fué menos como orador parlamentario en las sesiones del Senado y Congreso, contestando á sus contradictores.

Es verdad que estuvo complicado en los tristes sucesos de la noche del 7 de Octubre de 1841, y fué preso y confinado en Consejo de guerra á las islas Marianas. Pero tan grande era su amor á las instituciones y su patriotismo, que por méritos extraordinarios y en un decreto de amnistía, fué reintegrado Norzagaray en sus empleos y condecoraciones en 1844.

Después, toda su vida es vida de cultura, de fe y patriotismo. Aparte de sus campañas militares, que ocuparían un volumen, siendo capitán general de Puerto Rico fomentó la enseñanza, la agricultura y todas las bellas artes, dejando huella imborrable de su mando, tan certero como patriótico.

Estas son, á grandes líneas, tres de las figuras más salientes que San Sebastián produjo en el siglo XIX.

ADRIÁN DE LOYARTE

D. ANTONIO PEÑA Y GOÑI

D. FERNANDO DE NORZAGARAY

CUENTOS ESPAÑOLES

CARMENCHU

Era morena y pelinegra, de ojos obscuros y parleros y boca fresca y sensual. En su cuerpo de adolescente la línea iba adquiriendo ritmo y expresión. Se llamaba Carmenchu. Había nacido junto al mar, como Sotileza. Su padre salió un día en la trainera en que iba á *la parte* para hacer la costera del bonito lejos, muy lejos. Fué un amanecer de Junio, con fresca brisa del Este y dorado sol que bruñía la tersa superficie de las aguas dormidas en el puerto. Al mismo tiempo emprendían el viaje las embarcaciones de Motrico, Lequeitio, Ondarroa, Zumaya, San Sebastián...

Grandes, hondas, panzudas, con las blancas velas hinchadas por el viento, se perdieron en el horizonte con el mismo afán de aventura que guiara á los galeones que abrieron el camino de las Indias. Sobre una peña de la costa Carmenchu dijo adiós á su padre agitando largamente un pañuelo. Y ya no le vió más.

En aquellos días el Vicario de Zarauz no se daba aún á explorar los espacios y los pescadores norteños confiaban solamente su vida á la voluntad de los elementos. Avanzada ya la costera, en pleno Julio, una tremenda virazón al Noroeste sorprendió en el mar á las boniteras y cobró la contribución de muchas vidas. Algunas lanchas no volvieron y Carmenchu fué huérfana. La galerna le vistió unas ropitas negras, nubló su frente y enturbió sus ojos. Sola en el mundo, porque su madre había muerto al darla á luz, la caridad se encargó de su vida, deparándola en Ohando el regazo de una familia labradora.

Carmenchu, nacida junto al mar y acariciada por las olas en los primeros años, sentía por el mar un odio profundo. Mil veces crispó frente á él las manos y escupió sobre las aguas poniendo en la saliva una terrible maldición. Ella, en la ingenuidad de su adolescencia, sabía que el mar la dejó huérfana, que en su fondo inexplorado dormía eternamente su padre y que á sus misterios y á sus traiciones debía su orfandad y su desventura. Por eso le insultaba y le maldecía.

—*¡Arrayua!* ¡Ladrón! ¡Cobarde!...

Como sus padres adoptivos vivían de la tierra, Carmenchu era en Ohando como una flor trasplantada al campo desde las orillas del mar. Corría por los prados de hierba húmeda y olorosa, conocía el fresco manantial de todos los regatos, y mientras las vacas pastaban humildes y tranquilas, hacía media sentada en un montón de piedras, junto á unas ruinas donde brillaban las flores del verbasco y tejían las yedras una malla tupida. Los domingos iba á misa mayor con su falda rameada y su corpiño sobre la camisa de lienzo crudo, y por las tardes veía cómo danzaban en la plaza los mozos al son del pito y el tamboril. Y siempre encontraba, al pasar, alguna vieja ohandesa que ponderaba la luz de sus ojos y el aseo de su persona.

—*Carmenchu, ¿nora zuaz eder galant ori?* ¿A dónde vas tan bonita, Carmen? Y Carmenchu agradecía el saludo y el elogio sin presunción ni vanidad.

Algunas veces fué á las romerías que se celebraban en los pueblos próximos á Ohando. Siempre la acompañaba Mari-Cruz, la viejecita sencilla y bondadosa que la recogió en su casa en los días que siguieron á la galerna.

De vez en cuando, las acompañaba el viejo labrador, marido de Mari-Cruz. Entonces el marido y la zagala hacían una *merendolita*. Y acabado el condumio, los tres pasaban un par de horas viendo danzar á la gente moza, guardando el labrador y su mujer á Carmenchu como si hubiera nacido en su propia casa.

Pasaban junto á ellas otras mujeres y los miraban con curiosidad, cambiando luego algunas breves palabras.

—Bien os *lusís* la mosa ¿eh?

—Pa que olvide las penas la *infelís*.

—Y guapa que se está.

Ya de noche, emprendían todos la vuelta á Ohando. Los viejos llevaban de la mano á Carmenchu, sintiendo una íntima satisfacción, que era casi orgullo. Y la muchacha iba olvidando poco á poco aquellos viejos días que siguieron á la galerna, cortejo inevitable de lágrimas que la acompañó hasta encontrar una casa que le ofreciera caritativamente su pobreza.

En el campo, una tarde, cuando cuidaba de las vacas, Carmenchu conoció á José Marí. Era José Marí un muchacho robusto y ágil que corría sobre las peñas como por una sala. Tenía los ojos negros y centelleantes, la frente despejada y la boca ligeramente contraída por un gesto risueño. Todo su rostro daba una impresión de fuerza y de audacia. La fuerza de aquel mar que bate eternamente los ingentes peñascos y la audacia de las altas montañas esmaltadas de pintorescos caseríos, rudas y bravías bajo el sol, graves y melancólicas al atardecer, como si en ellas vagase la musa inspiradora de Iparraguirre. Como Carmenchu, tenía á su cuidado unas vacas mansas y lustrosas que pastaban á la sombra de las vetustas ruinas.

En la agreste paz campesina, los dos muchachos fundieron su amistad y enlazaron sus corazones en una sola aspiración. Eran dos almas que unió el destino y ató la naturaleza para guiarse mutuamente en la gustosa y remansada quietud de los días ingenuos. Las dos habían sentido al mismo tiempo la misteriosa atracción de aquel lugar solitario, donde unos paredones verdinegros hablaban el cadencioso romance del tiempo viejo. Frecuentemente permanecían absortos y callados, en la muda contemplación de las piedras amarillentas empenachadas de hierbajos. Su fantasía hacíales ver entre las sombras crepusculares figuras extrañas deslizándose sobre los dormidos sillares, pasándose de paredón á paredón como un jirón de niebla que al fin se escondía en la fronda de algún árbol señero y romántico. Y entonces se miraban curiosamente y se interrogaban con los ojos sin que acertaran nunca á satisfacer su curiosidad.

—Mira, Carmenchu, cómo corre. Es una bruja, es una bruja...

—¿Tú lo crees, José Marí?

—Es una bruja, es una bruja.

Luego de esta grave y rotunda afirmación, pensaban que en los venerables peñascos se bailaba todas las noches de sábado la *zorguindanza* y acababan por reirse de las ruinas y las brujas y de ellos mismos. Y para borrar el recuerdo de la visión, se enlazaban de las manos y buscaban gladiolos y amapolas purpúreas para hacer una corona silvestre.

Todos los días era Carmenchu la primera en llegar. Haciendo media, como una pastorcita de las leyendas, esperaba buen rato, al lado de las vacas que rumiaban orondas y patriarcales. Ya no se acordaba del mar, ni de aquella trágica galerna de Julio que hundió á su padre en los abismos desconocidos. El dolor en la adolescencia pasa sobre el corazón como un chorro de agua sobre el mármol, sin abrir huellas. Pensaba en José Marí, en su compañero de todas las tardes junto á las ruinas donde veían en repentina alucinación la sombra que se escondía entre el ramaje de los árboles. Y le esperaba impacientemente para pensar, como otros días, en las brujas y coger flores á través de los campos.

De pronto sonaba á lo lejos la voz de José

Marí cantando algún zortzico amoroso y triste. El cantar llegaba hasta las ruinas desfallecido y melancólico, y la zagala lo escuchaba muy quieta, entornando los ojos y afinando el oído. Después sonreía plácidamente, y subida sobre una peña oteaba el paisaje para descubrir al cantor que saltaba bizarramente sobre los riscos, mientras la canción rodaba en el aire y se extinguía al fin con un eco desmayado y lejano.

Aunque la oración suene
yo no me voy de aquí;
la del pañuelo blanco
me ha enamorado á mí.
Aufa que el campanero
la oración va á tocar,
aufa que yo te quiero,
mailia, ven acá.

De pronto Carmenchu se reía y agitaba el pañuelo en el aire ó blandía la vara con que alguna vez solía castigar y reducir á las vacas. Y José Marí corría entonces más deprisa y saltaba con mayor agilidad, rasgando el aire con un grito estridente y rudo, el *irrintzi* sonoro y bélico que en la solemne majestad de los campos buscaba el eco de los montes para llegar á las cumbres como un canto de libertad. Carmenchu y José Marí, estrechamente unidos sus corazones, eran como figuras de un idilio.

Una tarde, á la puesta del sol, ya fatigados de saltar sobre los peñascos ruinosos y correr por los campos cogiendo amapolas, sentáronse ambos en la pendiente de un ribazo. Allí cerca pastaban las vacas, gordas y brillantes, como en un cuadro de égloga pastoril. La tierra parecía un incensario de fragancias y era el cielo como una inmensa cúpula de luminoso azul. Las montañas que limitaban el horizonte se envolvían en una neblina transparente, y de los rojos caseríos se elevaban débiles columnas de humo.

José Marí y Carmenchu permanecían silenciosos y pensativos, como sumidos en la imponente quietud de la naturaleza. La zagala mordía una penquita de brezo y el muchacho dejaba vagar los ojos por la indecisa lejanía. Guardaban los dos una romántica actitud que contrastaba con la estruendosa alegría de otras horas.

Pero José Marí habló.

—Oye, Carmenchu, ¿cuándo nos casamos?

La zagala se extremeció levemente. En seguida le contestó, regalándole una sonrisa:

—¿Te has vuelto loco, no?

José Marí replicó, rudamente, mientras sus ojos relumbraban de audacia. Por su imaginación pasaba entonces una cabalgata de ideas galopando como corceles y su cuerpo menudo, en formación, revelaba el espíritu fuerte, aventurero, oceánico, de la raza. En seguida sometió á la muchacha á un curioso interrogatorio.

—¿Tú me quieres, Carmenchu?

La mujercita adolescente bajó los ojos y le contestó sin mirarle.

—Hombre, quererte, sí.

—Pues entonces... Mira, Carmenchu, yo puedo trabajar para ti y para mí, para los dos, y vivir juntos buenamente, sin que tengamos que guardar las vacas. A ganar dinero ya iré yo cuando tú quieras y lo mandes.

—Puedes ser pelotari, ¿verdad?—apuntó la zagala.

—¿Por qué no serlo, pues? Mi abuelo me ha contado que el *Manco de Villabona* ganó mucho jugando, y yo sé que el *Chiquito de Abando* ha ganado mucho también. Pero no...

—Pues entonces...

—Yo quiero ir á la mar.

Carmenchu sintió de pronto un extremecimiento mortal y sacudió su cuerpo fuertemente. Sólo pudo balbucir unas cuantas palabras.

—El mar... el mar... No... no...

La imaginación de la zagala evocó aquel momento de su niñez en que despidió á su padre agitando un pañuelo desde la costa y aquel día de Julio, brillante, encalmado, espléndido, en que el sol se ocultó de pronto envolviendo á la tierra en un reflejo de luz cárdena, sopló el aire furioso girando en cegadores remolinos y el mar azul y sosegado se encrespó como nunca, y rompía en las peñas y las asaltaba y las mojaba con hirvientes y sucios espumarajos. Aquella inesperada virazón, aquel trágico latigazo que enfureció al mar como á una fiera de los bosques, haciéndole sacudir la revuelta melena, blandir sus garras en poderosos zarpazos y abrir sus fauces hondas y sangrientas. Aquel dolor de muchos pueblos y muchas almas, que á ella, la pobre Carmenchu, la sumió en la horfandad, la vistió de negro y la entregó á unas manos caritativas que le enjugaron las lágrimas y á unos ojos compasivos que la besaron en la frente. Y repetía trémula y balbuciente:

—El mar... El mar... No... No...

José Mari insistía con indómita tenacidad:

—Al mar van muchos, muchos. A Dominchu le han sacado de la escuela para embarcarse en la *Jesús y María* y hacer la próxima costera. Antón Listurra, que sabe muchas cosas porque ha estudiado, ya es piloto y anda en el *Mendi-Mendiyan*. Va á Inglaterra y á Francia, que están lejos, muy lejos. ¡Buenos cuartos que le manda á su padre! Con que ya ves...

Ya caía la noche, cuando José Mari y Carmenchu arrearon las vacas hacia el pueblo. Brillaban las primeras estrellas y en los campos seguía reinando la misma imponente quietud. Los dos caminaban silenciosos. El muchacho sintiendo en el pecho el espolazo de las audacias; la zagala, conturbado el espíritu por el recuerdo del mar. El, dejándose mecer blandamente por unos ruidos armoniosos, como el de las olas que languidecen y se acaban; ella, zumbándole en los oídos un tremendo fragor que la atormentaba como un son trágico. Sus almas niñas se encaminaban á igual abismo por diferentes senderos.

Cerca de Ohando, José Mari quiso alegrar á Marichu y entonó una de sus canciones favoritas:

Desde que nace el día
hasta que muere el sol,
resuena en mis oídos
el eco de tu voz.
Aunque me voy de aquí
yo no te olvido, no;
tu imagen adorada
llevo en mi corazón.

Así cantaba José Mari y en la paz de la noche tenía la canción una suprema melancolía.

Luego lanzó el muchacho el *irrintzi* primitivo y liberto. Y Marichu, que otras veces reía alegre y parlera, acabó de ponerse triste. Y así se separaron.

□□□

Desde aquel día, el mar fué la obsesión de Carmenchu. El mar soberbio, inmenso, bravío, con sus inexploradas profundidades y sus montañas de espuma, con su fragoroso gemir, con sus impiedades y sus traiciones. Y como constante expresión de su voluntad, sin querer, siempre renegaba del mar con las mismas palabras que escuchó José Mari.

—El mar... El mar... No... No...

Una tarde, José Mari se despidió. Iba á embarcarse en la *Santísima Trinidad* para hacer la costera del bonito. De madrugada salía para Santander. Le agarraba las manos y le decía adiós jovialmente.

—¡Hasta Agosto, Carmenchu! No me olvides, ¿eh? En siendo tú mujer y yo hombre, nos casaremos... ¡Ya, ya!

Carmenchu permaneció callada y triste. Desde la altura de una peña le vió volverse á Ohando para preparar la partida. Y siempre que el muchacho volvió la cabeza para verla, ella agitó el pañuelo en el aire despacio, muy despacio, con un ritmo lánguido, desmayado. Parecía la figura de un cuadro bretón.

La noche sorprendió á Carmenchu sentada en una piedra, camino del pueblo. La atormentaba más que otros días la idea del mar y sentía en el pecho sensaciones desconocidas. A lo lejos, sonó un cantar:

Dos besos tengo en el alma
que no se apartan de mí:
el último de mi madre
y el primero que te dí.

En la calma nocturna la tonada tenía una infinita tristeza. Era un *zortzico* de la tierra, el poema de un alma ahogada de dolor. Sus cuatro versos pasaron sobre el campo lentamente y se perdieron en la obscuridad de la lejanía, escondiéndose en los repliegues de la montaña. Del otro lado de aquellas cumbres estaba el mar, inmenso, enigmático, cruel. El mar que se llevaba una esperanza.

Mientras la copla se apagaba, Carmenchu, sin saber por qué, lloró como nunca había llorado.

José MONTERO

FOTS. LECUONA

LA VIDA AGRICOLA

La recolección del trigo

Tras el cúmulo de espectáculos, fiestas y diversiones, aparte de las bellezas naturales y delicioso clima, que ofrecen San Sebastián y demás playas guipuzcoanas al forastero, durante la época estival, vive un pueblo laborioso, trabajador y honrado, que ha logrado en poco tiempo elevar su agricultura é industria al puesto de honor que hoy ocupan en la producción nacional estos dos factores, que con el comercio, constituyen la base fundamental de la riqueza patria.

La extensión del territorio guipuzcoano es tan reducida, que sólo mide 188.480 hectáreas.

Sabido es que la tierra produce con relación á su profundidad y no con relación á su superficie.

Pues bien, la capa de tierra vegetal que cubre el territorio guipuzcoano es tan delgada, que apenas se concibe que pueda producir lo necesario para el abastecimiento de la mitad de su numerosa población, y sin embargo, en tan reducido territorio, surcado de profundos valles, donde con dificultad penetra el sol, fuente de energía tan necesaria para fecundar la tierra y sazonar los productos vegetales, y erizado de elevadas montañas, la mayor parte de las cuales son inútiles para el cultivo agrícola, se obtienen por término medio al año, 130.000 quintales métricos de trigo; 230.000 de maiz; 35.000 de habas; 30.000 de judías; 1.600.000 de tubérculos, bulbos y raices; 700.000 de fruta, principalmente de manzana, y se mantienen con el producto de sus prados naturales y artificiales, cerca de 300.000 cabezas de ganado vacuno, lanar y de cerda.

Tan enorme producción en un suelo tan reducido é ingrato, se ha logrado á fuerza de trabajo constante y abundante estercolación, acompañada de abonos minerales, para vencer la tenacidad y pobreza del suelo; cultivando hasta la superficie de las peladas rocas, á la que en muchos puntos se ha subido la tierra indispensable para el cultivo, de los valles construyendo tablares planos ú horizontales en las pendientes casi verticales de las montañas y empleando tal laboriosidad y constancia en el cultivo de las tierras, que se ha intensificado de tal modo éste, que apenas si descansan éstas haciéndolas producir constantemente. La vida agrícola de Guipúzcoa tiene un carácter peculiar distinto del resto del país, carácter debido en gran parte á la manera de ser de la propiedad rural, su división, y al que contribuye por otra parte su topografía y las costumbres del labrador guipuzcoano.

La masa rural de esta provincia vive principalmente repartida en unos 13.000 caseríos.

Para nadie es un secreto que la vida tradicional del país se encuentra principalmente integrada en los moradores de esos caseríos, quienes por ser los que están más apegados á la tierra que cultivan han sabido mantener esa organización familiar que dió vida á las libertades que desde tiempo inmemorial le alientan y sostienen en la virtud y el trabajo.

Cada una de estas viviendas rurales ó caseríos, contienen las múltiples dependencias que requiere el oficio de sus habitantes.

El piso bajo está ocupado por los establos, tan necesarios para abrigo del ganado y elaboración del estiércol que sirve para fecundar las tierras y por el cobertizo inmediato que ocupa en parte la leña para el hogar, la carreta y los aperos de labranza.

El piso principal está destinado á la habitación de la familia y el desván á granero, conservación de frutos y del forraje que ha de servir para alimentar el ganado en invierno.

Los caseríos cuentan, por término medio, con una extensión de terreno de tres á cuatro hectáreas, sin contar el monte ó terreno inculto, poblado en la parte baja de robles y castaños, y en la alta de hayas, ó simplemente de árgoma y helechos, que emplean para la cama del ganado.

El colono, con la cooperación de todos los individuos de su familia que son aptos para el trabajo y principalmente de las mujeres y algún criado que vive con ellos familiarmente, cultiva sus tierras, su huerto y cuida de su ganado, compuesto de cuatro ó seis vacas, y á veces una pareja de bueyes, dedicando ésta á las labores y las vacas conjuntamente al trabajo y producción de leche que venden en las poblaciones inmediatas, y si las fincas se encuentran situadas lejos de algún poblado, la utilizan para la cría de los terneros ó envían á los establecimientos donde se fabrica mantequilla.

Además cuentan los caseríos con un par de docenas de gallinas, cuidadas por las mujeres, y generalmente dos pares de gorrinillos para su engorde.

El trabajo es vínculo de fraternidad y amor en el campo. Muchas de las labores, como la del layado y trituración de la manzana, reclaman la asociación de la fuerza material y moral del mayor número posible de personas. De aquí el que convienen los vecinos en trabajar unidos un día en las heredades y lagares de uno, y otro día en las de otro, y de esta unión de fuerzas é inteligencias, resultan ventajas en el trabajo y confraternidad en las relaciones de vecindad.

Tanto la Diputación como la benemérita Caja de Ahorros provincial, han contribuido activamente al progreso agropecuario del país, pues su idea fundamental, sobre todo durante estos últimos años, ha sido el fomento y mejora de la agricultura, como lo prueba su bella labor en pro de la creación y ayuda á los Sindicatos agrícolas, nuevo y utilísimo factor que ha venido á redimir al labrador de los horrores de la usura, compra de piensos y forrajes en años de escasez ó sequía, para evitar especulaciones ruinosas para la ganadería, importación de ganado Schwiz y creación de la Granja provincial de Fraisoro, donde una veintena de hijos de labradores del país reciben una enseñanza teórica y práctica sobre la ganadería y cultivos del país.

Resumiendo, la agricultura guipuzcoana se transforma é industrializa á pasos agigantados, sin que para ello sea obstáculo el que el labrador continúe siendo individualista de cuanto aprendió de sus mayores, y desconfiado de todas las novedades que no respeten su independencia atávica y sus arraigadas creencias religiosas.—Vicente LAFFITE

Un descanso en la faena FOTS. LECUONA

EL PUERTO DE SAN SEBASTIÁN

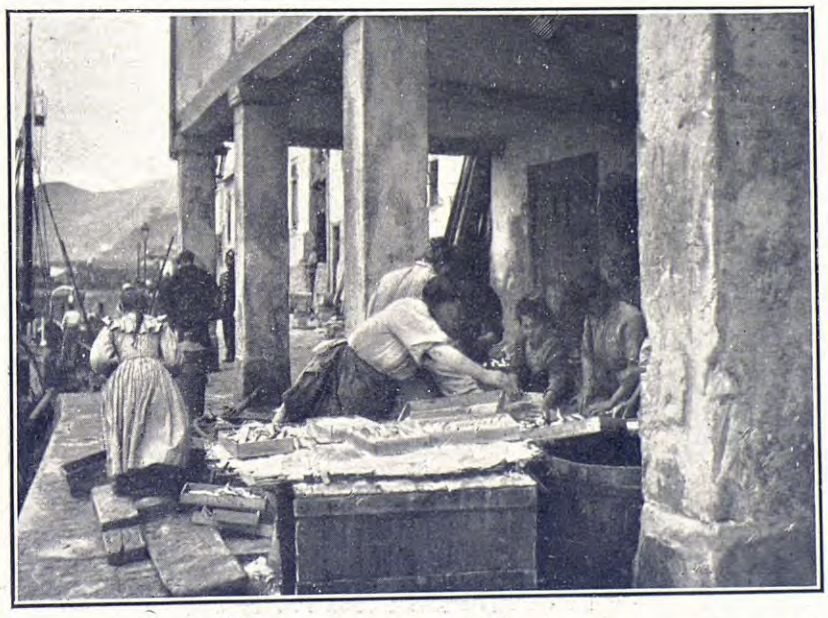
Vista del puerto de San Sebastián FOT KURT HIELSCHER

Desde remotos tiempos fueron San Sebastián y Guipúzcoa cuna de grandes y famosos marinos, y aunque en la actualidad la navegación de altura casi ha desaparecido, en cambio la pesca sigue teniendo gran importancia, siendo aquí donde primeramente se modernizó.

En la encantadora bahía de la Concha, al pie del castillo de la Mota, está el pequeño puerto, dividido en dos partes: el de Comercio y el de Pescadores, y no habrá forastero de Castilla ó Aragón, que no haya ido á la caída de la tarde al muelle, á ver llegar la hermosa sardina que platea en el fondo de las lanchas.

El puerto de San Sebastián en el siglo XIX tenía gran importancia, pues era grande su comercio con las Antillas y se veían muchos buques descargando café, cacao y azúcar, y aún se recuerdan aquellos esbeltos barcos de esta matrícula, que se llamaban «Nuevo Carmencita», «S. S. Habana», «Conchita», «Celta», «Torbellino» y otros muchos; pero perdida la marina de vela y perdidas las colonias, en el puerto no se ven más que buques descargando carbón asturiano ó cargando cemento de las fábricas guipuzcoanas; realmente el puerto de San Sebastián es hoy el de Pasages, que se halla á cinco kilómetros de la ciudad.

Pero como hemos dicho, en San Sebastián se conserva la pesca, esa industria importantísima que da de comer á numerosas familias y mueve sinnúmero de industrias auxiliares de la misma. En general estas familias pescadoras habitan el barrio de la «Jarana», situado en el muelle y las calles de la parte vieja de la ciudad, al pie del Castillo. El marinero hace en general, una vida especial y separada del resto de la población. El primer vapor dedicado exclusivamente á la pesca, fué construído en Escocia, para una casa de San Sebastián, para D. Ignacio Mercader, bajo su misma dirección, el año 1878, y sirvió de base á la importante flota pesquera, tan conocida de los «Mamelenas». Ha habido y hay otras casas pesqueras, y por término medio en estos veinte años, tenemos siempre unos 18 vapores pesqueros de altura.



Embalando el pescado en el puerto FOT. ARENOI

Para que se aprecie la importancia de la pesca en San Sebastián, baste decir que en 1913, se capturaron 5.198.842 kilogramos de pescado, que valieron 2.672.275 pesetas.

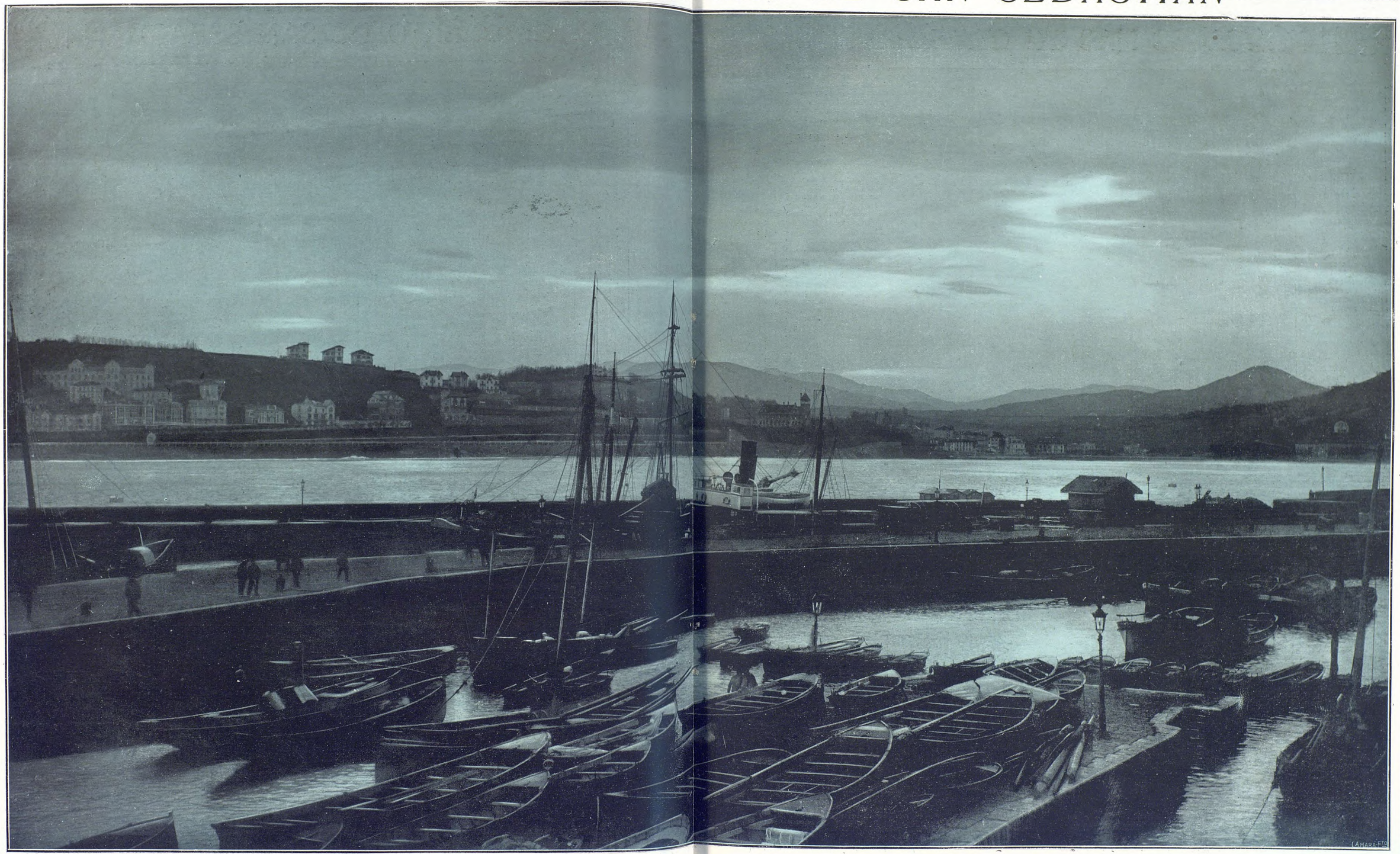
Desde antiguo eran célebres las lanchas *traineras* de esta costa y sus bravos marineros, conocidos como los mejores remeros, pero desde hace algunos años, el vapor, al hacer desaparecer las lanchas de remo, va matando, como es natural, la afición á remar, y hoy los marineros donostiarras, como los de toda esta costa, no están entrenados para grandes luchas remeras.

Hoy desde el paseo del monte Urgull, es un bonito espectáculo de una clara tarde de Agosto, ver numerosos pequeños vapores, que á poca distancia de la costa, pescan la sardina y vuelven á puerto en grandes filas, asemejando flotillas de torpederos.

JOSÉ MARIA ARISTEGUIETA

PERSPECTIVAS PINTORESCAS DE SAN SEBASTIAN

LA ESFERA

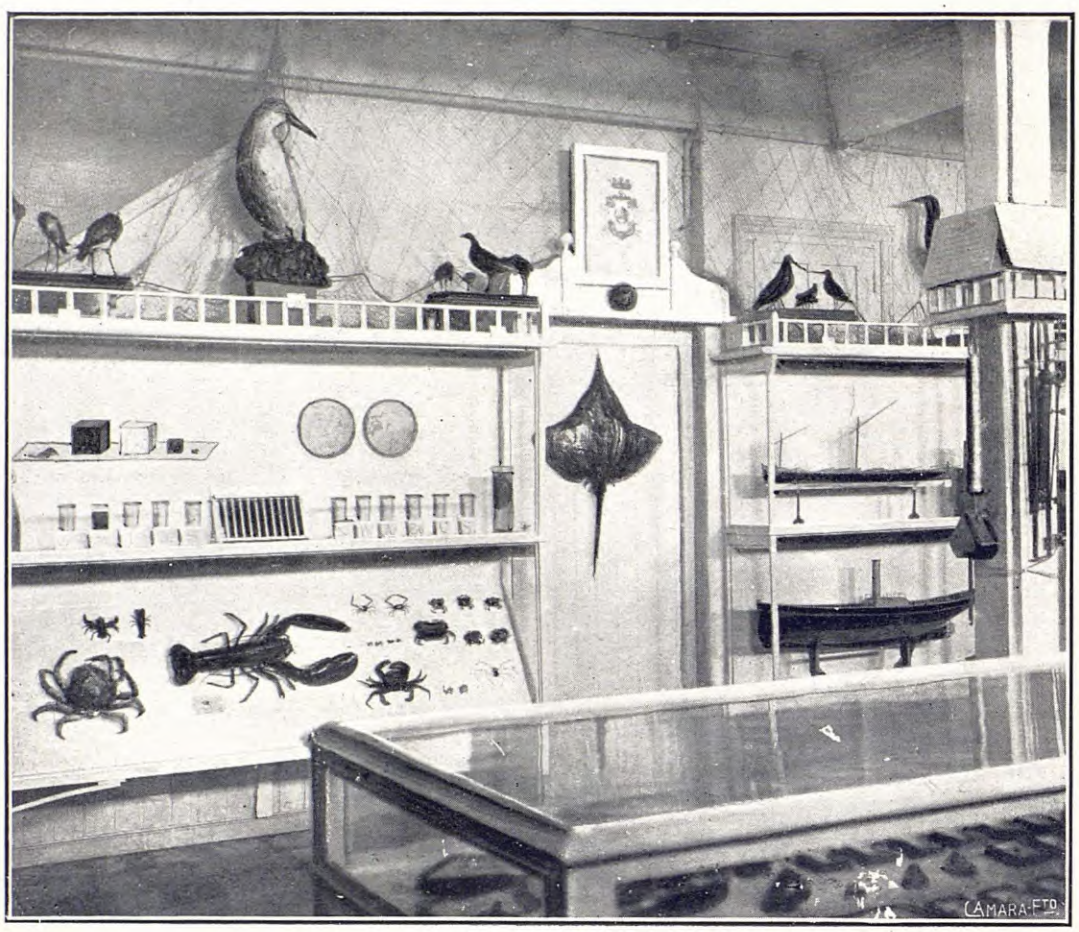


EL PUERTO DE SAN SEBASTIAN, A LA CAIDA DE LA TARDE

Fot. Lecuona

OCEANOGRAFÍA VASCA

Aquellos tiempos en que los vascos se cubrieron de gloria, surcando los océanos en busca de nuevas tierras, á bordo de rápidos bajeles, pasaron ya; hoy, el trabajo metódico, el estudio de los innumerables problemas que abundan en el mar, enriquece y dignifica á un pueblo; la nueva ciencia, la oceanografía, ha sido acogida con grande aplauso por los emprendedores habitantes de Guipúzcoa, y si implantaron la soberanía española en lugares apartados de nuestras costas, quieren también luchar abiertamente contra la ignorancia del mar, aportando nuevos datos que permitan utilizar los innumerables beneficios que de su conocimiento pueden obtenerse. Para cumplir con abierto espíritu estos designios nació, al amparo de personas ilustres, la Sociedad de Oceanografía.



Algunas instalaciones del Museo oceanográfico de San Sebastián

Sus trabajos están inspirados en la labor de Mónaco, siguiendo la senda que han marcado inteligencias claras, apoyadas eficazmente por un hombre, que con ser el soberano de un pequeño trozo de tierra, domina el mundo admirado por la ciencia universal.

Dos son las aspiraciones de esta sociedad: inspirar el amor á las ciencias del mar é investigar los arduos problemas que encierra. Para ello, se ha fundado y abierto al público un Museo lleno de objetos que representan con la mayor claridad posible cada una de las múltiples cuestiones de esta nueva ciencia, creándose también un laboratorio acondicionado para trabajos de química, física y biología del mar.

Para unificar los datos dispersos fueron acordados en congresos internacionales, por unanimidad de todas las naciones, procedimientos idénticos, con iguales medios de investigación, que reunidos y comparados pueden llegar á ser de mundial interés. Atendiendo á ello, la Sociedad de Oceanografía lleva á cabo salidas á la mar, capturando con la manga Richard pequeños seres, *Plankton*, de diferente categoría orgánica, que impulsados por las corrientes, ostentando formas y coloraciones muy diversas, viven en profundidades máximas de 400 metros; con botellas especiales se recogen muestras de agua superficial y profunda que se analizan á posteriori en el laboratorio químico; se determina la temperatura del mar y se anota su coloración comparada con la escala de Torel; la metereología, en fin, que influyendo sobre las variaciones del agua superficial, es dato de interés.

El Museo, que nacido con pujante energía va extendiéndose, ocupando el lugar que ampliado resulta siempre insuficiente, se muestra al visitante: las relaciones entre el mar y la tierra, elementos en continuo movimiento y perpetua lucha, disputándose el dominio de la zona costera; entre otros, los cuerpos disueltos en el agua del mar; así vemos, por ejemplo, las cantidades de cobre, plata, oro y zinc que nos señalan los análisis, y que reunidos llegarían á formar masas enormes; de plata solamente podrían reunirse dos millones de toneladas, con un valor aproximado de 654.000.000 de duros.

Resalta á nuestra vista, por su mayor importancia, la serie de los peces que pueblan estos mares, ordenados con elegancia, con sus nombres científico y vulgar de la localidad. En otra sección pueden verse tipos de adaptación á fondos diferentes del mar; especies, que viviendo entre rocas se confunden por sus coloraciones obscuras, y otros, habitando lugares arenosos, adornan sus cuerpos de matices claros.

De las especies libres, de los grandes escualos por ejemplo, se encuentran expuestas mandíbulas bordeadas de acerados dientes, dispuestas en varias filas, ya aserradas, ya divididas en delgadas puntas que hacen más eficaz y atrozmente terrible su labor destructora.

Laboratorio del Museo.—El subdirector D. Fernando de Buen, observando con el microscopio

Hay también *Pleuronectidas* y *Raias*, peces que cambiaron de forma por lenta adaptación á la vida sedentaria.

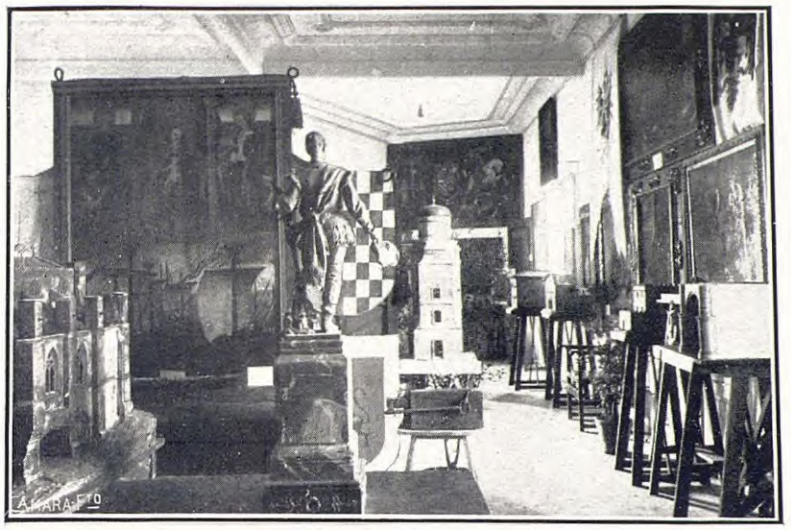
Un boletín con vida próspera cumple el fin que le ha sido asignado de transmitir divulgando la labor científica de este importantísimo centro.

Sigamos adelante; la ciencia es rica en conocimientos que presta generosa á sus colaboradores; no nos ciegue la falsa idea de encontrarnos ante indescifrables problemas; aprovechemos sus razonadas sentencias y obtendremos el bienestar de los pueblos.

Pues solamente conociendo las inmensas riquezas que el mar encierra, podremos explotarlas.

FERNANDO DE BUEN

EL MUSEO NAVAL OCEANOGRÁFICO



Un aspecto de la Sala de Almirantes en el Museo Oceanográfico

Estatua de Elcano y objetos de su época, procedentes de Guetaria

La Sociedad E. Vascongada de los Amigos del País, que tanto ha contribuído al desenvolvimiento de la cultura de esta provincia y al fomento de sus intereses materiales, organizó en el verano de 1913, una Exposición Histórico-Naval Oceanográfica que por el extraordinario éxito alcanzado, fué el fundamento del actual Museo, cuya apertura se ha celebrado en el mes de Agosto con asistencia de S. M. la Reina madre.

La Excma. Diputación de Guipúzcoa, recogiendo de buen grado las palpitaciones del sentir general de la opinión y los razonados requerimientos del citado benemérito organismo y de la Sociedad de Oceanografía, tomó bajo su patronato la fundación y sostenimiento del Museo.

Así, con una constancia y una inteligencia admirables, se ha llegado á constituir un nucleo de apreciables reliquias, compendio de la historia marítima de Guipúzcoa, que figura en un magnífico conjunto de interesantes y amables evocaciones de los tiempos pretéritos, que invitan á la mente á abstraerse en el recuerdo de aventuras que rememoran á las de los héroes de la epopeya y de la fábula, y elevan al espíritu en alas de un sentimiento avasallador.

Y es que la ciudad donostiarra, famosa y sin rival por las bellezas de que la dotó natura, y por las comodidades y los goces de orden material que con tanta profusión se ostentan, se ha decidido á marchar por el rápido camino del progreso, extendiendo los dominios de todas las manifestaciones de la cultura; y esta obsesión de perfeccionamientos intelectuales es tendencia dominante en el espíritu del pueblo.

La sección histórica del Museo Naval es una encarnación del alma vasca, una revelación de sus facultades anímicas innatas, un fervoroso enaltecimiento de los hijos que dió á la patria la provincia más pequeña de la nación española.

En él están representados esclarecidos navegantes, exploradores, cosmógrafos, colonizadores, astrónomos y guerreros; en él se cuenta á Juan Sebastián del Cano, Legazpi, Urdaneta, Carquizano, Echaide, Bonechea, Larraspuru, Pérez de Portu, Oquendo, Lezo, Vidazábal, Churruca, Moyna, Echagüe y una legión de varones insignes, que además de la audacia y del valor que en la lucha desplegaron, de la competencia y los méritos de su ciencia, de las tierras vírgenes que descubrieron, del conocimiento que aportaron de otras sociedades humanas, son los que prestaron al país los principales resortes de la actividad industrial y comercial, que llegó en los siglos pasados á un envidiable y creciente desarrollo de riqueza y prosperidad.

Intacta está la grandeza y celebridad universal conquistadas por los guipuzcoanos que rasgan el velo del misterio de donde brotan las ciencias marinas; se aumentan los conocimientos geográficos, vencen con empuje inmenso á los elementos desencadenados y asombran con su coraje en las Azores, Pernambuco, Cartagena de Indias, Trafalgar y se cubren de gloria en otros cien combates. Por tan importantes y brillantes hechos, puede afirmarse que, en las viejas tradiciones de esta comarca y en la era moderna de su historia, no existe nada tan interesante como las páginas admirables que escribieron en sus anales los esforzados nautas que surcaron arriesgados en frágiles embarcaciones el abismo de los mares en medio de la bravura de la tempestad y la taimada emboscada de los enemigos, constituyendo tanta gloria el sello peculiar de la raza.

En este Museo, del que por ser el único de su clase en provincias, puede vanagloriarse San Sebastián, existen innumerables modelos de casas nativas de los marinos que dan cabal idea de la típica arquitectura de los palacios señoriales de la montaña guipuzcoana; reproducciones de navíos, cual la nao *Victoria*, que dió la vuelta al mundo; la *Capitana* de *Oquendo*, de la escuadra *Invencible*, etc.; cartas antiguas de derroteros de célebres expediciones, mapas de territorios conquistados ó explorados por los vascos; cuadros de batallas y episodios, trofeos de guerra, pinturas marítimo-religiosas de cierto valor artístico; cañones, armas y una multitud de objetos curiosísimos que dan idea del recio temple y del vigoroso aliento de la raza.

Una de las instalaciones que llama la atención del observador, es la propiedad y el gusto con que se halla reconstituído el *Hogar del marinero vasco*, antigua y humilde estancia caracterizada con los clásicos y originales enseres y mobiliario, adquiridos en investigaciones efectuadas en los pintorescos puertos de Guetaria, Motrico, Ondárroa, etc.

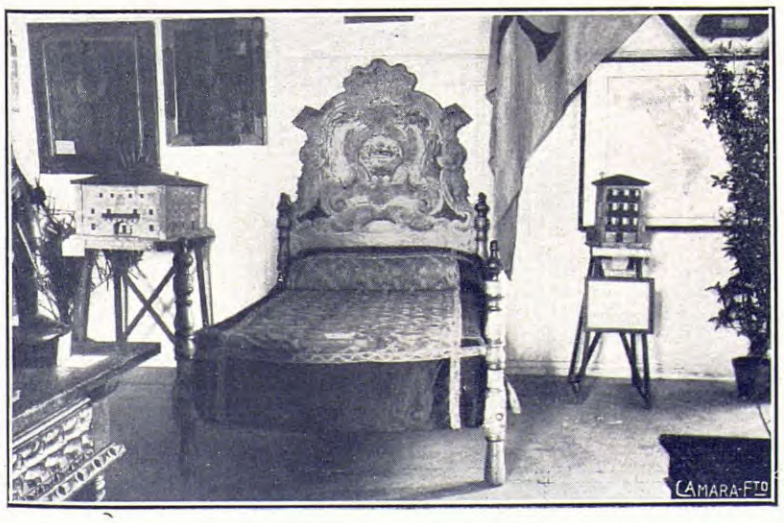
También se exhibe una valiosa colección de trajes auténticos de los pescadores del siglo XVIII hasta nuestros días. Prestan mayor relieve á todo ello, los atributos formados por redes, arpones y lanzas balleneras, y demás efectos navales que decoran tan vistoso conjunto.

Los arduos problemas de la Oceanografía, merecen capítulo aparte. El competente naturalista, D. Fernando de Buen, hijo del eximio don Odón, dará noticia de ella, elevándose á altas concepciones de esta ciencia.

Labor es esta del Museo inaugurado con tanta brillantez que, para su gestación y desarrollo ha necesitado los impulsos de un generoso esfuerzo y un valiente espíritu encaminado por encima de bastardos móviles, al mayor acrecentamiento de nuestra cultura.

Ese ardiente celo y esa tenacidad, los han ejercitado los Sres. D. Ramón L. de Camio, persona de grandes iniciativas, y el marqués de Seoane, que ha tiempo se consagra á las investigaciones históricas de Guipúzcoa con el más profundo y acendrado amor á esta tierra. Ambos han sido secundados eficazmente por el vicealmirante D. Juan J. de la Matta, Director técnico del Museo, el señor Marqués de Roca Verde, diputado á Cortes, el Comandante de Marina y el sacerdote, D. José Cendoya.

G. I.



Cama que usó el insigne marino D. Blas de Lezo, defensor de Cartagena de Indias contra el almirante Vernon

Un aspecto del hogar del marinero vasco, que figura en el Museo Naval inaugurado recientemente

MONUMENTOS GUIPUZCOANOS

PUERTA ZAGUERA DE LA IGLESIA MAYOR DE OÑATE

FOT. LUX

La vuelta de la romería

Guipúzcoa, que es un relicario de tradiciones, es una región que se enorgullece legítimamente en conservar sus costumbres. Así como sus hombres tienen una especial fisonomía, sus pueblos guardan, al través del tiempo, sus añejas características. Por eso, los poetas y los artistas hallarán siempre en Guipúzcoa, como en Navarra y en Vizcaya, una poderosa fuente de inspiración.

Las romerías guipuzcoanas tienen un aspecto que las diferencia de las demás que se celebran en otras regiones. No son como las de Castilla, ni como las de Asturias, ni como las de la montaña santanderina, rica como Guipúzcoa en tipos, tonadas y costumbres. El regreso, principalmente, es un pintoresco cuadro de animación y de color, más fuerte y más brillante con la presencia de unos mozos recios y gallardos como tenantes, orgullo de la raza. En sus cuerpos de gigantes suele vivir un espíritu artista que se expresa en las fiestas populares por medio de los sentidos y melancólicos *zortzicos*, verdaderos poemas populares que compiten en poesía con la copla andaluza y aun puede decirse que la aventajan.

Los *versolaris* son también en Guipúzcoa algo bello y tradicional. El tiempo va haciendo de las suyas en todas las bellas tradiciones españolas. Muchas de ellas van desapareciendo y de otras no queda ya sino el recuerdo. Pero en Guipúzcoa aún suelen encontrarse estos juglares del pueblo, reflejo de otros más grandes y más expontáneos.

Como Pereda, el Cervantes de nuestros días, halló en los tipos y costumbres montañeses un precioso manantial de belleza, otros artistas del pincel tienen en la tierra vasca ancho campo en que inspirar sus creaciones. A las hermosuras del paisaje, de campos y de mar, hay que sumar sus tradiciones y sus costumbres mantenidas, pese á la prosa de los tiempos, como en pocas regiones de España, por una raza fuerte y artista. Y ahí están Salaverría y los hermanos Zubiaurre popularizando y embelleciendo en el lienzo mucho que para otros entendimientos vulgares sería plebeyo y zafio. Es una intensa colaboración de la tierra vasca y de sus artistas.

En vano la hermosa capital donostiarra y otras pintorescas villas guipuzcoanas se han abierto á las corrientes del día, queriendo ser, como son, modelo de ciudades modernas. Este es su mayor mérito. Conservar, según la frase conocida, el vino viejo en los odres nuevos.

Vista panorámica de la fábrica de la Sociedad Española de Construcciones Metálicas, en Beasain

LAS INDUSTRIAS METÁLICAS EN GUIPÚZCOA

La provincia de Guipúzcoa, tanto por su vecindad con la de Vizcaya, como por poseer también yacimientos propios de hierro, ha tenido desde antiguo manifestaciones de trabajo en el orden de la industria metálica.

El proceso ha sido próximamente el mismo que en la provincia vecina, esto es, la obtención del hierro de los minerales del país con el carbón vegetal procedente de los poblados bosques de la comarca, que dieron lugar á las antiguas ferrerías.

Pocas son las que hoy subsisten de estas antiguas ferrerías en Guipúzcoa, y de ellas la mayor parte han sido transformadas para industrias derivadas de hierro y acero, quedando hoy tan sólo en pie de las que se dedican exclusivamente á producción de hierro y acero directamente la de los Sres. Hijos de Romualdo García, de Elgoibar.

Sin embargo, las necesidades modernas y el nacimiento de las grandes industrias de hierro y acero en comarca tan cercana como Bilbao, ha dado lugar á la desaparición de las antiguas ferrerías que toman las primeras materias en los grandes centros siderúrgicos de Bilbao para fabricación de productos derivados.

Y en esta especialidad de las industrias derivadas del hierro y acero puede decirse que Guipúzcoa, si no ha superado, ha seguido las huellas de Vizcaya y sostenido un honroso parangón.

Con hornos de acero hay la ya citada fábrica de los Sres. Hijos de Romualdo García, de Elgoibar, que se dedica á una especialidad única, cual es la del fleje de acero, que tantas aplicaciones tiene para camas y tonelería en general, fabricando seis mil toneladas de este producto, que tiene salida para toda España y aun para ser exportado en las circunstancias especiales de ahora.

Otra industria productora de acero por su propia fabricación es la «Unión Cerrajera», de Mondragón, que tiene instalados sus hornos en la fábrica de Vergara, produciendo allí todos los primeros productos elaborados necesarios para transformarlos después en su múltiple y variada producción.

Son estos establecimientos honra de la industria metalúrgica española, y especialmente de Guipúzcoa, pues no solamente se hallan perfectamente instalados interiormente y su fabricación es excelente, sino que han prestado el gran servicio á la economía general del país de aminorar y casi hacer desaparecer la importación de todos los artículos de cerrajería, que representan miles de clases, y cuyo consumo es general y extendido por toda la Nación.

Los establecimientos industriales de la «Unión Cerrajera» puede decirse que son los únicos en su clase en España.

Por último, y para indicar de una vez los centros fabriles donde se produce acero para su propio consumo, mencionaremos la Fábrica de Beasain, de la «Sociedad Española de Construcciones Metálicas».

En el lugar del emplazamiento de esta Fábrica existió la fábrica productora de hierro de los Sres. Goitia y Compañía, fundada á mediados del siglo XIX, en donde llegó á fabricarse una excelente calidad de hierro, tomando por base las minas de la alta Guipúzcoa y abasteciéndose de carbón vegetal en las zonas inmediatas de Ataun y de Navarra. Produjo hierros de calidad excelente.

En los momentos en que la industria metalúrgica de Bilbao, hacia fines del siglo XIX, llegó á su mayor desarrollo, su propietario entonces, el emprendedor industrial guipuzcoano D. Francisco Goitia, trató de establecer la industria de la hojadelata y llegó á montar en ella las máquinas para esta fabricación, pero coincidiendo la creación de la fábrica del mismo producto «Iberia», en Bilbao, y en virtud de una inteligencia, se trasladó dicha fábrica á Sestao, donde actualmente se halla fusionada á la Sociedad «Altos Hornos de Vizcaya».

Al desaparecer la industria de hojadelata de esta Fábrica, se constituyó una Sociedad denominada «La Maquinista Guipuzcoana», para la fabricación de máquinas, piezas de fundición y otras construcciones metálicas. Esta Fábrica funcionó hasta el año 1901, en que, asociada á la naciente Sociedad Española de Construcciones Metálicas, se convirtió por esta empresa en la amplia instalación actual, destinada exclusivamente á la construcción de material móvil de ferrocarriles.

Posee actualmente una extensión de 30 hectáreas, de las cuales aproximadamente una mitad se destina á fabricación, y es apta para fabricar tres mil vagones de modelo español al año, haciendo todas sus piezas y accesorios, y teniendo, por tanto, y como derivada necesaria, la fabricación de acero Siemens para todas las piezas especiales; la fabricación de bandajes, ejes, centros de ruedas y rodámenes completos; la fabricación de muelles de suspensión y de tracción; la fabricación de acero Bessemer para el moldeado en piezas de todas clases, aplicables al material ferroviario; la de forja, estampado y mecanizado de piezas, y los talleres accesorios de carpintería, tapicería, incluso telares mecánicos para las telas de cubiertas de los vagones.

Esta vasta empresa ha logrado con su esfuerzo nacionalizar también la industria de material ferroviario.

Ofrece esta fábrica la especialísima particularidad de ser la única en Europa, y tal vez en América, que produce por sí misma todas sus piezas sueltas para vagones, circunstancia que no ha sido debida á un alarde de fabricación, sino á las circunstancias locales en que en España se desenvuelve la industria de hierro y de acero; por lo cual el esfuerzo realizado para su desarrollo es mayor del que pudo haberse hecho para instalación análoga en país francamente industrial.

Deteniéndose en la alta Guipúzcoa, son muy dignas de citarse allí: la fábrica de los Señores Segura, Echevarría y Compañía, en Legazpia, que dispone de forjas para la fabricación, entre otros artículos de excelente calidad, de herramientas de trabajo, por procedimientos muy modernos, que son productos muy bien acabados; y la de muelles para carruajes y ferrocarriles, de los Señores Suberbie y Alberdi, de Villarreal, que ha obtenido en esta especialidad un verdadero éxito, muy notable y digno de ser anotado. También existe la fábrica de objetos de cocina eléctricos de Arechavaleta, que es muy interesante.

Los Sres. Hijos de Anastasio Albizu, de Lazcano, se dedican también á varios trabajos, habiendo tenido la especialidad durante varios años de hacer la exportación de herraduras para ganado vacuno á América, entre otros países.

Otra zona metalúrgica importante es la de Pasajes. La antigua casa «Fundiciones de Molinao», establecida á mediados del siglo pasado, no sólo ha continuado su buena tradición de fundición excelente, mejorándola y siguiendo todos los progresos modernos, sino que ha construído también maquinaria y otras especialidades.

Dignos de la mayor atención son también los talleres de construcción de buques de Pasajes: empresa es ésta acreedora á los mayores elogios. Anteriormente existieron allí los talleres de Karpard, que han sido adquiridos recientemente por la Sociedad «Eraso y Compañía», que, expertos ya en sus talleres de Zumaya en la construcción de estos barcos, se han propuesto dar gran impulso á esta industria; construyen embarcaciones de hierro y madera para la pesca y para servicio de cabotaje, y tanto estos talleres como los de Zumaya, se hallan perfectamente instalados y dotados de personal muy experto para llevar adelante sus trabajos, localizando en Guipúzcoa una industria de gran interés para el porvenir marítimo costero.

Además de los mencionados existen otros talleres en Pasajes para construcción de buques.

Aunque no industria de acero, pero sí metálicas y derivadas de la metalurgia, y muy importantísimos, son también los talleres que la Real Compañía Asturiana tiene instalados en Rentería para el tratamiento de plomo de cinc y obtención de productos derivados.

Esta poderosa Compañía posee allí una vasta instalación que, bajo la autoridad y competencia del Sr. D. Francisco Gascue, que es su director, realiza una importantísima labor.

Digna también de notarse, por lo moderno de su instalación y lo excelente de su fabricación, son los talleres de D. Ramón Illarramendi, dedicados á varias especialidades, y entre ellas la del estampado, etc.

Merecen también especial mención los talleres de D. Javier Luzuriaga, de San Sebastián, que existen desde hace bastantes años, y en los que se ejecutan diversos trabajos bien acabados, y la Fábrica de Armas de D. Víctor Mendizábal.

Así mismo merece citarse la Fábrica de Relojes de D. Serapio Yeregui, de Zumaya, anteriormente establecida en Usurbil, que, aunque de modesta escala, representa un ramo de la construcción metálica del país.

Esta es, en líneas generales, la síntesis de las industrias metálicas de Guipúzcoa. Muy de desear sería que, dada la importancia que tiene en la vida moderna esta rama de actividad del trabajo, se favorezca y desarrolle en mayores proporciones y con mayor empeño que hasta ahora se hizo por los elementos directores del país.

JOSÉ DE ORUETA

HERÁLDICA GUIPUZCOANA

¡Elcano! ¡San Ignacio! ¡Egregios nombres
que ufana siempre aclamará la historia!
Tierra en que nacen tan sublimes hombres
será siempre del mundo ejemplo y gloria.

(El Marqués de Valmar. Al pueblo éuskaro-1884.)

Fiel reflejo de la vida de su pueblo, la Heráldica guipuzcoana brilló siempre con propio fulgor en los heroicos sucesos de la monarquía española. Llegó ésta á su mayor apogeo en el siglo XVI; elegiremos, pues, tan sólo dentro del mismo algunos ejemplares del blasón, pocos, como lo exige el espacio aquí disponible, pero suficientes para demostrar la participación que cupo á los hijos de Guipúzcoa en el desarrollo del progreso nacional; así en los estudios, disciplina y propaganda religiosa que constituyeron á España en foco luminoso de la reacción católica contra la reforma protestante, como en las empresas guerreras de tierra y mar que la dieron la hegemonía mundial; en los descubrimientos geográficos que llevaron el nombre hispano á los más apartados confines del orbe, y también en el orden interior, más modesto, pero no menos útil y provechoso, en la emancipación de los pueblos del predominio feudal, en el cultivo de los estudios históricos y en el fomento de la instrucción pública, mediante fundaciones á tan plausible fin encaminadas, que en nada de ello anduvieron flojos ni perezosos nuestros mayores, como se verá por los modelos siguientes:

Blasón Naval

BLASÓN ECLESIÁSTICO

Año de 1512. El cuarto domingo de Marzo recibió en Burgos la consagración episcopal el Doctor oñatiense D. Rodrigo de Mercado y Zuazola, varón eminente por sus letras, consejero real de pronta y grande memoria, acompañada de grave elocuencia. El escudo de su progenie era azul con una banda de dos piezas enmedio de dos soles de oro, y le adaptó á su ministerio apostólico agregándole bordura de oro con esta letra:

«*A solis ortu usque ad occasum Sol Justitia Christus Deus noster*». Escudo y divisa que el insigne Mercado legó á la Universidad de Oñate, por él fundada.

BLASÓN GEOGRÁFICO

Año de 1522.—El 6 de Septiembre, después de navegar alrededor del mundo en tres años catorce mil leguas, arribó á San Lucas el maestre guetariano Juan Sebastián de Elcano, con dieciesiete compañeros. Descalzos, en camisa y con sendas candelas en las manos, se dirigieron el 8 al templo de Nuestra Señora de la Victoria á dar gracias á Dios. Por Cédula de 20 de Mayo de 1525 le concedió el Emperador Carlos V un escudo cortado: 1.º, rojo con castillo de oro; 2.º, de oro con dos palos de canela en aspa, tres nueces moscadas y doce clavos de especería. Por timbre una figura de Mundo con el rótulo «*Primus circundediste me*». Por tenantes dos reyes vestidos de verde de la cintura arriba, ceñidos de paños blancos, con sendas coronas en

Blasón de la provincia de Guipúzcoa

las cabezas y en las manos un ramo de clavo el primero y otro de nueces moscadas el segundo; imagen de los que en las islas de Especería señoreaban.

BLASÓN MILITAR

Año de 1525.—El día 24 de Febrero se libró la batalla de Pavía, en la que Francisco I perdió todo menos el honor y la vida, que le salvó principalmente, según su propia confesión en carta de 4 de Marzo, el hermaniense Juan de Urbieta. Fué éste condecorado por el Emperador mediante Cédula de 20 de Mayo con un escudo cortado: 1.º, de plata el brazo armado naciente de las ondas del río Tesino, empuñando espada alzada; 2.º, verde, el medio caballo blanco, que lleva sobre el pescuezo una corona de oro y en el pecho un escudete azul con lis de oro. Por timbre el águila imperial.

Blasón Eclesiástico

BLASÓN NAVAL

Año de 1529.—El Emperador D. Carlos, por Cédula de 16 de Junio, concedió al capitán Machín de la Rentería Uranzuy, y á su hijo Juan Pérez de Uranzuy, un escudo partido que ofrecía en un lado un galeón, cinco galeras, siete galeotas, cinco fustas y un bergantín, por la victoria que alcanzó el primero peleando con un solo galeón contra diecisiete naos de Barbarroja, y en el otro lado: arriba, tres lises de oro en campo azul, ganadas por el mismo Machín al corsario francés Juan Florín, y abajo, una bandera de azul y oro con cruz de plata, ganada por Juan Pérez al Barón de San Blacante. Borchura roja con 16 aspas de oro. (1)

BLASÓN ACADÉMICO

Año de 1571.—Durante el mes de Julio logró el historiador Garibay, tras penalidades y trabajos sin cuento, dar cima en Amberes á la magnífica edición de *Los XL libros del Compendio historial De las Chrónicas y Universal Historia de todos los reynos de España.* Y por haber sido el primero que de todos ellos escribió universalmente, agregó á su familiar escudo del ciervo acometido por el águila, tres bandas azules cargadas de siete coronas de oro, en campo de oro, significando por las tres bandas que España fué desde su origen poseída en toda su extensión de sólo tres naciones: los iberos, los romanos y los godos. Las siete coronas significativas de que, acabada la de los Reyes godos, se fraccionó en siete coronas principales: cinco de cristianos, que fueron: León, Castilla, Navarra, Aragón y Portugal, y dos de moros, que fueron Córdoba y Granada. Lema: «*In labore quies*».

Blasón Escolar

BLASÓN ESCOLAR

Año de 1579.—El 16 de Diciembre otorgó Codicilo el honrado caballero Juan de Araoz-Ulriarte, disponiendo la fundación de un colegio confiado á los Religiosos Franciscanos de la villa de Mondragón, y les señaló por escudo y sello: en campo rojo tres coronas con tres palmas atravesadas de oro y, debajo de ellas, tres cartelas de plata con las palabras: *Virtute-Religione-Studio.* Cortado de otro cuartel azul con castillo enmedio de un sol y tres estrellas, todo de oro, y bordura de este metal cargada de 12 rosas coloradas. Y no sólo cuidó de estimular á la aplicación y á la virtud con palmas áureas, sino que consignó prolijas disposiciones que revelan su previsión.

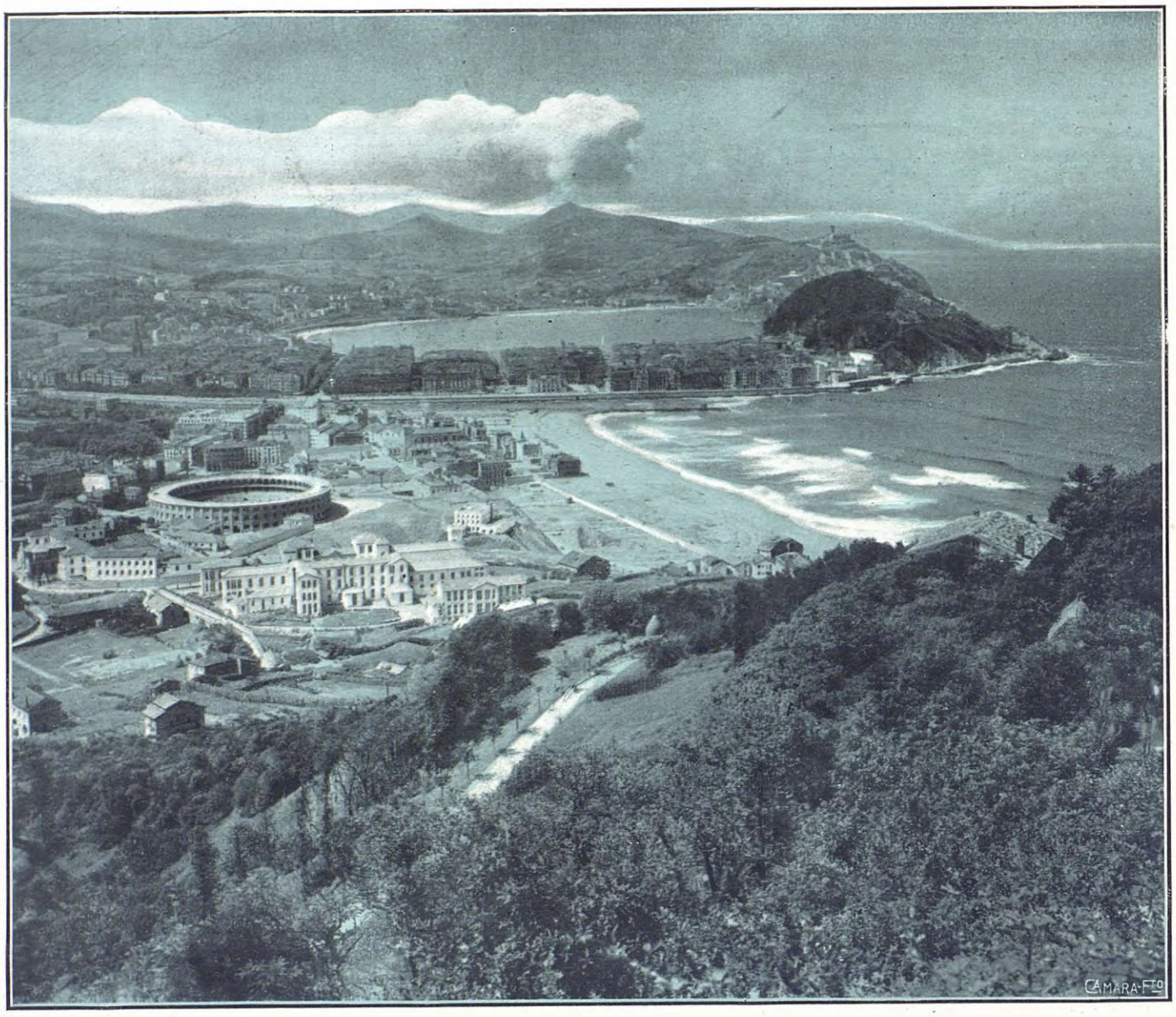
Juan CARLOS DE GUERRA

Mondragón, Agosto de 1916

(1) El escudo que hoy se ve en Rentería ofrece menos barcos y añade en cambio un león, algunos anclotes y un pájaro volante.

Relieves escultóricos de Jerónimo de Larrea, representando escenas de la guerra cantábrica, que dieron lugar á la concesión de los emblemas que ostentaba Guipúzcoa en su blasón y que figuran en el Archivo Provincial

PÁGINAS POÉTICAS



San Sebastián desde el monte Ulía

LA CIUDAD BELLA

En los momentos místicos en que la luz declina,
ó cuando vuelca el alba su claridad divina,
entonces apareces más dulce y soñadora,
ciudad sugeridora,
risueña y elegante, de impecable silueta,
perla de este rincón excelso del planeta.

Has nacido en los mares como concha marina,
y de día y de noche te acaricia la espuma
del tranquilo oleaje que en tu orilla se esfuma.
No hay ojos que se cansen de admirarte,
pues la Naturaleza,
ha agotado al hacerte—¡oh, ciudad!—todo el arte
y las exquisiteces de toda la Belleza.
No ensombrecen tu vida las callejas angostas,
tu luz todas las cosas envuelve en su finura,
la brisa vaporosa que llega de tus costas
patinando por sobre la líquida esmeralda,
llena tus amplias vías,
de marinos salitres y armonías,
y la menuda hierba que renace en la falda
suave de cada monte, conserva el verde tierno,
jugoso de frescura,
lo mismo en el verano que en invierno.

Tu luz suave se esfuma en matices y gamas
y entinta de finura los bellos panoramas,
y todos tus paisajes, dulces y pensativos,
están como impregnados de líricos motivos,
¡ciudad clara, risueña de armonía,
divina y elegante Donostia!...

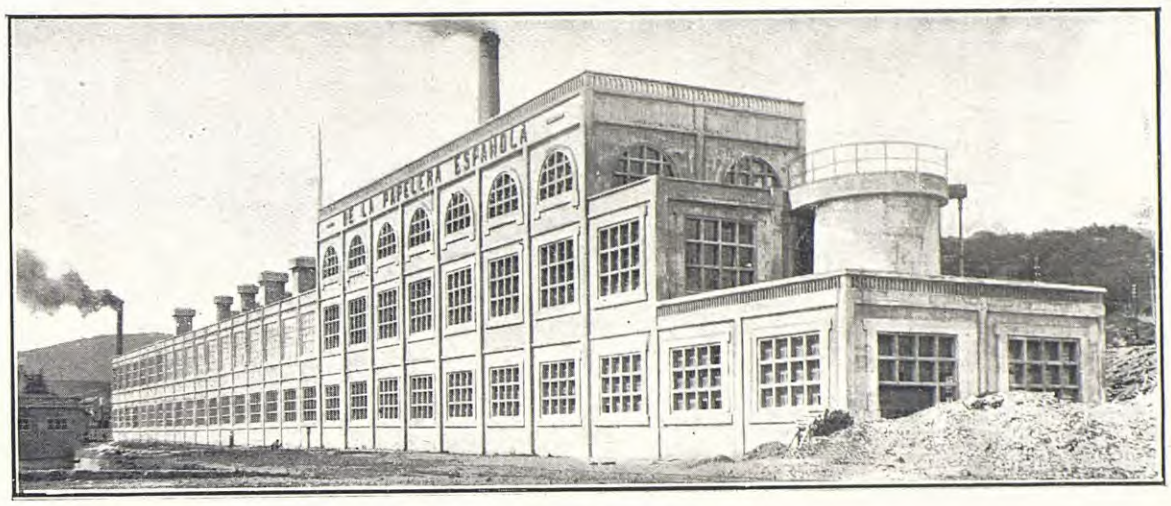
¡Oh, ciudad inefable, mimada por bonita!
aún más que la hermosura
que esconde cada calle y cada plaza,
aún más que tu riente
gracia cosmopolita,
me admiran las virtudes de tu raza,
la fuerza creadora, la energía latente,
que es el motor divino de toda tu grandeza,
pues como dijo el vate maravillosamente,
«la fuerza está en la savia, pero no en la corteza»
y el manantial oculto es padre del torrente...

¡Salve, flor de Vasconia!
en esa lejanía del tiempo y de la vida
donde la nueva era se anuncia indefinida,
¡ciudad de hoy!, de tu cuerpo, de gracia algo mundana,
aunque fecundo, el renacer se augura,
de una aún más hermosa, risueña y soberana,
intensa, espiritual, ciudad futura!...

MANUEL MUNOA

FOTOGRAFÍA DE HIELSCHER

LAS INDUSTRIAS EN GUIPÚZCOA



Fábrica de la Papelera Española, en Rentería

No es temerario afirmar que no existe en el Globo país alguno que en territorio tan reducido como el de la provincia de Guipúzcoa ofrezca mayor número de manifestaciones del progreso humano en todos sus órdenes.

El suelo de sus valles y laderas es pobre, pero está cultivado intensamente; la ganadería es objeto de continua renovación y mejora, y hasta el descuido general en que se hallan los montes en España tiene aquí algunas loables excepciones.

Las vías de comunicación son numerosas y están admirablemente conservadas. No hay pueblo que no esté enlazado con toda la provincia por hermosas carreteras que miden 590 kilómetros de longitud, y el desarrollo de los ferrocarriles de vía estrecha y de los tranvías es incesante. Los pueblecillos costeros poseen, en fin, para la lucrativa pero peligrosa labor pesquera, verdaderas flotas de embarcaciones á vapor.

El turismo halla por doquier hermosos hoteles, y donde falta la suntuosidad brillan la limpieza y el sabroso condimento.

La salud se repara en numerosos balnearios, algunos de los cuales, como Alzola y Cestona, gozan de fama universal por su especialidad.

Pero donde se manifiesta con vigor y rasgos acentuados el espíritu inquieto é infatigable de la raza vasca, es en la variedad y difusión de sus industrias.

Desde la industria casi patriarcal de la alpargata, que llena las calles de Azcoitia de hombres y mujeres que confeccionan al aire libre y en tertulia familiar la flexible suela de yute, pasando por el pequeño taller casero donde los armeros de Eibar construyen sus afamados revólvers y pistolas, continuando por la infinidad de fábricas situadas á orillas de los ríos para utilizar allí la fuerza propulsora de los pequeños desniveles, se puede terminar en las grandes industrias de Beasaín, Rentería y San Sebastián, que utilizan millares de caballos de fuerza procedentes de saltos lejanos y conducidos por la complicada red de alambres de cobre, sostenida por infinitos postes que parecen formar en los alrededores de algunos pueblos verdaderos ejércitos invasores que los asedian por todas partes.

La población de Guipúzcoa es de unos 240.000 habitantes distribuídos en 90 pueblos y ciudades. Pues bien, en 43 de dichos pueblos se hallan establecidas diversas industrias que conviven con los esparcidos caseríos del término municipal. Las distintas fábricas suman un total de 338, ó sea una fábrica por cada 700 habitantes. Dichas 338 fábricas corresponden á 79 industrias diferentes, entre las cuales descuellan, como las más importantes, la de papel, material ferroviario, plomo, albayalde y minio, cementos, alpargatas, armas de fuego, boinas, jabones y bujías, cerámica, galletas, tejidos, cerillas, destilación de alcoholes, refinación de petróleo y otras muchas que sería prolijo enumerar.

Las fábricas de papel se hallan principalmente en la cuenca del Oria y las de cementos en la del Urola. Los ríos Urumea y Deva y otros secundarios, están utilizados en gran parte en la producción de fuerza motriz, que es conducida á diversos pueblos para suministro de energía y luz. Entre las abruptas laderas de Eibar se encierran 29 fábricas de armas, y las 23 fábricas de papel guipuzcoanas proveen á España de la casi totalidad del papel que consumen sus periódicos y casas editoriales.

La variedad de las industrias guipuzcoanas se manifiesta muy principalmente en Rentería, pues poseyendo un total de 36 fábricas corresponden á 20 diferentes clases de fabricación, lo que permitió no hace muchos años al simpático y pequeño pueblo que visitan los veraneantes de San Sebastián, celebrar una exposición de industrias que les causó la más grata sorpresa.

Tan numerosas fábricas necesitan primeras materias que por su variedad son obtenidas de los países más lejanos. La mayor parte de la importación se efectúa por el puerto de Pasajes, alcanzando con la realizada por Irún el año 1913 (al que se refieren todos los datos recogidos para la confección de este artículo), la importante cifra de 181.317 toneladas, de las cuales 134.748 toneladas fueron de primeras materias destinadas á su transformación por la industria guipuzcoana. La diferencia corresponde á distintos artículos manufacturados, cereales y abonos. La importación de cabotaje sumó 70.137 toneladas, de las cuales una gran parte fué destinada al interior de la península.

Ocupan lugar preferente en la importación del extranjero el carbón, la madera, la pasta para fabricar papel, la copra, el yute, petróleo, sebo, kaolin, hierros y aceros laminados, grasas animales, féculas y desperdicios de arroz. El valor de las 134.748 toneladas de importación, suma cerca de 19 millones de pesetas, resultando á un promedio de 140 pesetas por tonelada.

Los produstos de la inductria guipuzcoana se destinan principalmente á la península, siendo transportados por medio de los ferrocarriles ó por navegación de cabotaje. No hay medio seguro de determinar ni la cantidad ni el valor de lo vendido al mercado español. Poseemos un sólo dato: el de la salida de cabotaje efectuada por los puertos de Pasajes y Zumaya, que suma 30.143 toneladas.

La exportación al extranjero se efectúa por los puertos de Pasajes y Zumaya, y las Aduanas de Irún y Behovia. De los datos recopilados por la Dirección General de Aduanas no puede deducirse si la procedencia de los productos es guipuzcoana ó del resto de España; pero cabe una gran aproximación basándose en la naturaleza de los productos exportados. En cambio es difícil determinar la cuantía de la fabricación guipuzcoana que es exportada por el puerto de Bilbao.

Prescindiendo de esta cifra, la exportación al extranjero suma 43.934 toneladas, de las cuales, 35.147 toneladas corresponden á la minería y los metales, 2.408 toneladas á productos agrícolas en general, pescados y substancias alimenticias y 6.379 toneladas á productos industriales.

Deducida la minería, las exportaciones hechas á las Repúblicas americanas suman 4.977 toneladas, y 3.810 toneladas lo exportado á Europa y otros continentes.

El valor de las exportaciones antedichas representa más de 10 millones de pesetas, de las cuales 7.603.461,55 pesetas corresponden á las 6.379 toneladas de productos industriales exportados, dando un valor medio de 1.192 pesetas por tonelada, que deben compararse con las 140 pesetas que hemos obtenido como promedio del valor de las primeras materias importadas.

El pueblo guipuzcoano, al transformar materias que cuestan 140 pesetas en productos industriales que vende á 1.192 pesetas, trabaja obteniendo el merecido premio debido á su laboriosidad. Multiplíquense por cien (que tal es aproximadamente la proporción entre la población de Guipúzcoa y el resto de España), las áridas cifras que se exponen en este brevísimo trabajo y se alcanzarán otras que asombrarán al compararlas con la triste realidad del trabajo nacional.

¿Es imposible lograr algo parecido en muchas de las provincias españolas? No. Pero sería preciso para ello que el regionalismo práctico que domina la vida guipuzcoana llegase á cuajar, poderoso y atrevido, en el alma de nuestros compatriotas de otras regiones.

N. M. URGOITI

Fábrica de la Papelera Española, en Tolosa

UN PEDAZO DE MI TIERRA

En la verde loma, la blanca flor de los manzanos alegra el paisaje. Asoman aquí y allá, en el conjunto del terreno, inmensos caseríos cuyas ventanas parecen ojos que vigilan la propiedad.

El cielo, de un azul pronunciado en la línea del horizonte hacia el mar, cúbrese en el centro de revueltas nubes, semejantes á grandes masas de algodón que, impelidas por el viento, cruzan lentamente la grandiosa bóveda.

Entre celajes, el sol poniente dirige sus rayos hacia la tierra, que los recibe oblicuos y velados, dando un color de oro viejo á los cirros que voltejean en el espacio. Por encima de la loma se destaca la perfilada silueta de una extensa montaña algo lejana, y en cuya cúspide se ven de trecho en trecho una casita, un bosquecillo, y las moles graníticas de la constitución geológica de su suelo. A la derecha del observador apercíbese una colina toda cubierta de terrenos labrantíos y abundantes pastos. El color negruzco de la tierra demuestra haber sido removida para la próxima siembra, y el tono agarbanzado, que se ha recogido la cosecha.

La rastra tirada por una yunta de bueyes

La alfalfa, la alholva y otra diversidad de herbáceas útiles al ganado, verdean aquel campo, que en su variedad presenta aún las secas cañas decapitadas que han sostenido las mazorcas de maíz, las hileras de enhiestas plantas de haba, la profusión de flores silvestres que sin orden ni concierto crecen por doquier, los desparramados manzanos que simulan un ataque en guerrilla á la cima de la colina, y por término y como surgiendo del centro del mogote, la pequeña torre de una ermita rodeada de los tejados de algunas viviendas.

En el fondo del barranco por donde corre la regata, colosales álamos acompañados de arbustos de todas especies, cuyas ramas comienzan á cubrirse de tupida hoja anunciando la proximidad del estío, forman un túnel de verdura en la larga línea del arroyuelo.

A la izquierda se encuentra el vértice de las dos lomas que con la colina completan el primer término del cuadro, y en cuya intersección vemos una casería reedificada que ocupa la mitad de su perímetro anterior, señalado por las paredes en ruína cubiertas de hiedra (como esas prendas que hereda un flaco de un corpulento) y que probablemente su dueño, al restaurarla, habrá querido circunscribirse al gasto necesario y preciso, según las teorías económicas modernas de mayor utilidad al capital; bien opuestas, por cierto, á la liberalidad con que nuestros abuelos construían los caseríos destinados á casas solariegas.

El gorjeo de los alegres pajarillos, los continuados ladridos de los perros, algún *aida* ó algún *óoo*... que denuncian que por aquellas inmediaciones la gente se dedica á las faenas agrícolas, y otro ruído muy común, pero muy especial, que en esta tierra vascongada se oye con frecuencia en los sitios donde convergen arroyuelos y regatos, ese chasquido ó *chisss*... prolongado, efecto de los golpes que sufre la ropa al ser sacudida chorreando sobre la ancha losa por las manos de nuestras rústicas lavanderas que con agua hasta la rodilla, en todas las estaciones del año, lavan sin descanso, son los indicios de vida y actividad que en el paisaje se notan.

Removiendo la tierra

En un cuadro de terreno despejado, tres robustos caseros trabajan en correcta fila removiendo con layas la tierra. Visten boína azul, faja del mismo color, pantalón incoloro y deteriorado por el uso, y están en mangas de camisa.

Con movimiento uniforme levantan las herramientas, cuyos dientes de acero brillan fulgurantes al sol, las hincan en tierra, colocan el pie encima para ahondar el surco, y vuelven á comenzar la operación con toda precisión, cual soldado que maneja en varios tiempos su arma.

Una mujer, descalza, con refajo de color de sangre de toro, sencillo corpiño y pañuelo multicolor en la cabeza, va con una azada deshaciendo á golpes los voluminosos terrones que las layas dejan.

La jarra de *pitarra* (1) adosada á un manzano, fuente de donde manó su contenido, aguarda el instante de verse libre del líquido que la llena y que pasa á grandes tragos al estómago de los trabajadores, y nunca falta el perrillo ó perrazo que indolente dormita mientras sus amos trabajan, porque á su vez vela cuando éstos descansan de las fatigas del día.

Tampoco faltan los consabidos chicuelos de todas edades que medio desnudos se refocilan en la hierba jugueteando con cualquier cosa, ni el muchachuelo que de regreso de la escuela y con la cartera de libros en bandolera desemboca alegremente por una de las sendas de la propiedad, silbando la canción más popular de la comarca.

En una hectárea de terreno próximo, que ha sufrido ya las operaciones preliminares de la labranza, la rastra de agudos dientes, tirada por una yunta de bueyes, abre varios surcos en la tierra para que la simiente que en ellos se arroje encuentre cuna donde desarrollarse. Encima de la rastra va colocada una voluminosa piedra que con su peso hace que penetren más profundamente los dientes.

El casero agarra con una mano este artefacto agrícola, y con el aguijón en la otra, azuza al ganado cuando observa que la pereza ó el cansancio enervan á éste sus miembros.

¿Verdad que esto que vieron nuestros antepasados desde tiempos muy remotos, nos parece al mirarlo nosotros ahora cosa nueva, precisamente porque estos procedimientos tan primitivos de labranza van desapareciendo por completo de las naciones más ricas y adelantadas?

Comparémoslos con los empleados en el Nuevo Mundo, en que máquinas de todas clases se destinan á sembrar, recoger y transportar la inmensa producción agrícola que se da en aquellos dilatadísimos campos.

Este moderno sistema convendrá mejor á las grandes necesidades materiales de nuestro siglo; pero, ¿cuánto no ha perdido con ello la poesía, que es, al fin, el alimento del alma?

En la Euskal-enca podrá ser el terreno ingrato para la labranza, mas para el sentimiento su producción no tiene rival.

He aquí un rincón de mi tierra, un pedazo de esta tierra bella, grande y trabajadora.

En la puerta del caserío

ALFREDO DE LAFFITTE

(1) Sidra aguada.

CRÓNICA VASCA ⁘ OJEADA SINTÉTICA Á NUESTRA HISTORIA

SEBASTIÁN ELCANO

UN docto profesor de una de las más célebres Universidades españolas, al conocer el afán continuo y vehemente con que procuraba yo sacar del olvido en que yacen muchas de las personalidades ilustres que habiendo visto la luz de la vida en el suelo vasco lograron justa notoriedad y fama por su saber, por sus virtudes, por su heroísmo, por su destreza en cualquiera de los órdenes en que se ejercita la libre actividad del hombre, me preguntó por qué me desvelaba en escudriñar esas glorias y en ponerlas de resalto á los ojos de mis contemporáneos, cuando estaba ahí, viva y perdurable, patente á nuestra vista, la más radiante de todas las glorias que pueblo alguno puede apetecer, que es el pueblo mismo, fiel á las tradiciones heredadas, laborioso y resuelto, como lo fué en todos los trances de su historia, hecho á no desmayar ante la contrariedad, sino á vencerla, ejemplo elocuentísimo de lo que puede y alcanza el esfuerzo humano cuando se aplica á nobles fines y se aplica con perseverancia.

Muchas veces me han venido, con posterioridad, á las mientes, estas palabras del ilustre profesor, cuando me he puesto á considerar, á través de los siglos, la vida del pueblo euskaldun, y muy especialmente la del pueblo guipuzcoano, que, no obstante ocupar una tan reducida extensión en la superficie del globo, ha dejado, sin embargo, tan marcada huella en las páginas del gran libro de los tiempos.

Inútil parece recordar la audacia de sus marinos. ¿Quién no la conoce? ¿A quién no son familiares los nombres de Elcano y de Churruca, de Urdaneta y de Oquendo, de Gaztañeta y de Echeverri? ¡Cuántos otros, en torno de estos gloriosos varones, no realizarían hazañas dignas del bronce de la historia, aunque las crónicas no hayan tenido el cuidado de recordarlas y la posteridad las ignore! Para que sobresaliesen esos hombres *representativos* en quienes acostumbramos á personificar la abnegación y la pericia de nuestros nautas, fué menester que la gente de nuestras costas, bañadas y azotadas por uno de los mares más procelosos y terribles, viniera avezándose desde larga fecha, desde tiempos remotísimos, envueltos en espesas nieblas, en su lucha con el Oceano, al cual llegaron á dominar á fuerza de valor, y si se quiere, de temeridad, no obstante los medios deficientísimos de que disponían para atravesarle. Pasma, á la verdad, encontrar huella de marinos vascos en los primeros siglos de la Edad Media, en las costas bátavas y en las de la península escandinava, y encontrarla, más adelante, y á medida que avanza aquella Edad, á todo lo largo del litoral del Mediterráneo. Las naves de los vascos surgían en los puertos de Mallorca, fondeaban en los de Córcega y Cerdeña; anclaban en los de Italia; visitaban el Archipiélago griego y la península de Morea; y hasta penetraban en los últimos senos del Mar Negro, y no paraban hasta Azof.

Gentes que mostraban tan felices disposiciones para las más arriesgadas expediciones marítimas, no podían menos de encontrar ancho campo abierto á su actividad cuando, al conjuro mágico de la inspiración, y hasta de los errores geográficos de Colón, apareció ante los ojos asombrados de los habitantes de la vieja Europa el Continente americano, maravilloso de riqueza, de feracidad y de hermosura. Largas páginas serían menester para recordar, aun en la forma más sintética que sea posible, la participación que nuestros mayores tuvieron no sólo en la exploración, sino en la civilización del Mundo Nuevo. Si se fuese á mencionar tan sólo los hijos de este país que más se distinguieron en esa magna empresa, la lista sería sobrado larga para que cupiese dentro de los límites señalados á un artículo de esa índole, aun cuando en esa lista no se extendieran las noticias biográficas de los euskaldunes insignes que en ella apareciesen incluídos. Citaremos tan sólo, como muestra de esa fecunda dirección de la actividad de nuestros antepasados: la Compañía Guipuzcoana de Caracas, que arrebató á los holandeses el monopolio que de hecho ejercían para el comercio de cacao entre Venezuela y la Metrópoli; la influencia que los vascos tuvieron en el desenvolvimiento de Chile, imprimiéndole el carácter positivo, práctico y sesudo que le distingue; y la importancia que hoy mismo tiene el elemento euskaldun en la República Argentina, á cuya prosperidad ha constribuído por tan eficaz manera, con su espíritu emprendedor, y con el ahinco con que se ha dedicado á las labores agrícolas y al desarrollo de la ganadería.

Porque es de advertir que el pueblo vasco en general, y el pueblo guipuzcoano en particular, no están constituídos solamente por marineros. Es más: hay antropólogos é historiadores que suponen que las aptitudes náuticas no son ingénitas en la raza, sino adquiridas en el curso de su historia y que de ello da testimonio la propia lengua, que hablan nuestros pensadores mucho menos pura que la de las gentes de campo, más abierta á influencias exóticas y más abundante en términos tomados de otros idiomas. Esos mismos antropólogos é historiadores se inclinan á creer que la raza fué primitivamente agrícola y pastoril, y que si después se lanzó á través del Oceano fué porque á ello le obligó la necesidad de buscar medios de subsistencia. De aquí que se tenga por adquirida la tendencia marinera, y por adquirido, también,

FRAY ANDRES DE URDANETA

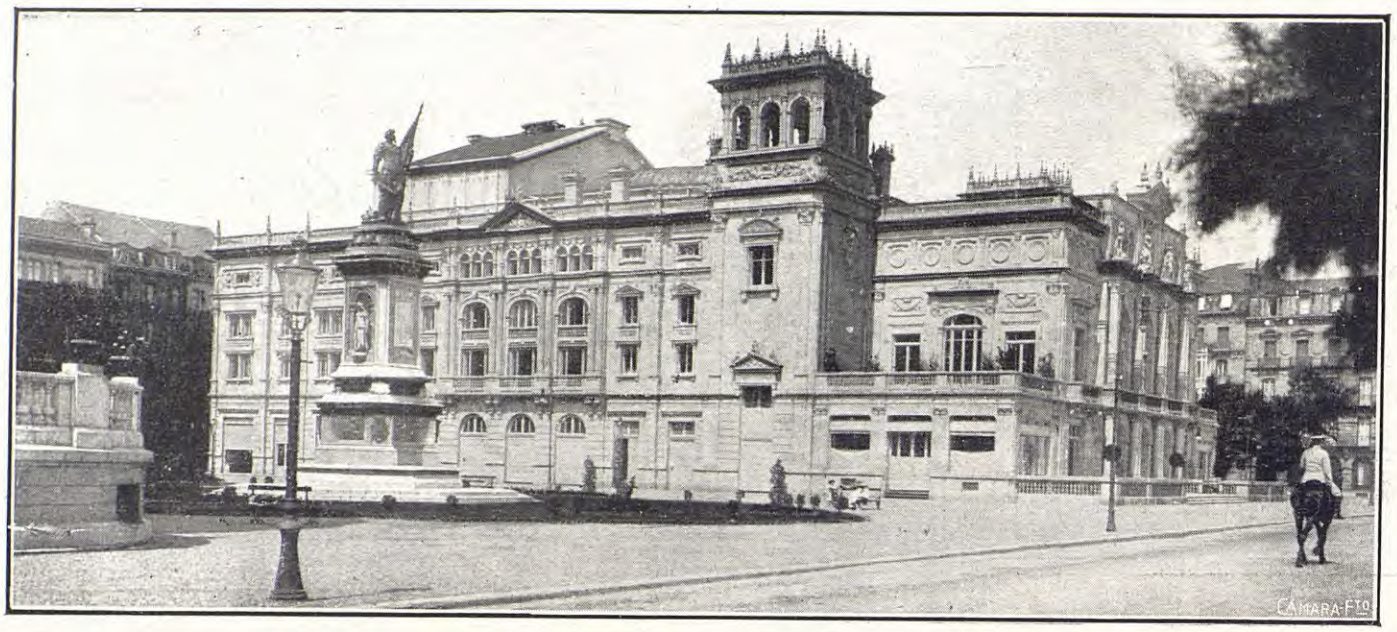
MIGUEL DE OQUENDO

andando los siglos, el espíritu comercial de que son revelación gallarda las factorías que nuestros mayores tuvieron en La Rochela y en Brujas y las diversas relaciones activas que mantuvieron.

Los que se sintieron aguijoneados por la necesidad ó estimulados por la ambición, ó enardecidos por inquietudes más ó menos atávicas, pero indudables, se hicieron marineros ó mercaderes, y recorrieron el planeta. Los bien hallados con la vida sedentaria, cultivaron la tierra, y emplearon en labrarla no sólo toda la energía de sus músculos, sino todo el esmero que pone el hombre en aquello que le atrae con más fuerza. Jamás abandonaron los guipuzcoanos el ejecicio de la agricultura, ni siquiera cuando las luchas, más que civiles, conocidas con el nombre de guerras de vizcaínos y gamboínos, hacían punto menos que imposible empresa alguna pacífica. El labrador constituyó siempre, y aún hoy sigue constituyendo, el nervio de nuestra población. Es el que imprime á nuestras cosas y á nuestro modo de ser ese sello de seriedad y de perpetuidad que en ellas se nota. El ejercicio de la profesión agrícola enseña mucho á quien no tenga el alma totalmente cerrada á las lecciones de la experiencia. Enseña, sobre todo, á esperar, á no precipitarse, á no desmayar nunca, á no dejarse llevar de impulsos irreflexivos y momentáneos. El agricultor no desperdicia nunca ninguna de las lecciones que ha recibido de sus mayores. Se basa en ellas para introducir todas las mejoras, todos los adelantos que aumenten la productividad de la tierra. En otros tiempos fué la del mijo una de las cosechas más importantes de Guipúzcoa. Trájose de América el maíz, y una vez que se pusieron de relieve sus ventajas, se generalizó su cultivo, que sustituyó al del mijo, el cual quedó desterrado en absoluto. Así ha procedido siempre el pueblo guipuzcoano, y ese es, en gran parte, el secreto de su prosperidad actual. Con sólo repasar cuidadosamente la Historia, se observa que cada vez que nuestros mayores se desviaron de esa senda y desoyeron las lecciones de la experiencia, seducidos por la brillantez aparatosa de novedades que se les presentaban cómo muy fascinadoras, no tardó en sobrevenir el escarmiento. Prudentes siempre, no aferrados insensatamente á lo viejo y caduco, hasta cuando el tiempo le ha hecho pedazos, ni alucinados por todo lo nuevo. Lo admitirán, pero después que se hayan convencido de su bondad; cuando vean que sustituye con ventaja á lo que ya desaparece. Así sus progresos son positivos y evidentes, porque se basan en el durísimo sedimento de la tradición, y porque para conquistar el porvenir no se empeñan insensatamente en maldecir del pasado.

CARMELO DE ECHEGARAY

LA NUEVA CIUDAD Y EL VIEJO CAMPO



La estatua de Oquendo y el Teatro "Reina Victoria", uno de los edificios más modernos de San Sebastián
FOT. LECUONA

QUISIERA precisar en unas breves notas—¿será posible?—algunas momentáneas impresiones acerca de esta ciudad que constituye mi pequeña patria.

El sentimiento patrio adquiere, cuando lo referimos al concreto lugar en que hemos nacido y en el que se ha desarrollado nuestra infancia y parte de nuestra juventud, una intensidad y, por decirlo de alguna manera expresiva, una *realidad* incomparables. El otro sentimiento patrio, el llamado por antonomasia grande, es producto más bien de una teoría. Pero el sentimiento que nos liga á este rincón del mundo (sea el que fuere), ¡qué vivamente está grabado en nuestra imaginación! Todo tiene prestigio y todo, hasta lo diminuto, hasta lo imponderable, hasta lo inerte, se halla avalorado, transido por la melancolía del recuerdo. ¿Oís ese sonido de las campanas? ¿Percibís ese rumor del mar? ¿Esotro grito callejero de la sardinera que pregona sus sardinas frescas? ¿Y ese alborozado crepitar de los fuegos artificiales, y ese estallido de los cohetes y de los chupinazos, y esa música del Boulevard, á cuyos acordes íbamos devanando la madeja de nuestros sueños y nuestros ensueños, desenhebrando el hilo misterioso y fatal del amor?

Todo eso, que es nada, ¡cómo, con qué lacerante intensidad va á herir vuestro oído, sorprender vuestra vista y anegaros en el triste y poético lago de la melancolía al cabo de los años! Todo sigue igual: sólo tú, hombre de nervios cansados y de imaginación, sólo tú eres distinto, y corroboras, tácita, pero innegablemente, que la vida se va, si no sabemos hacia qué destinos, ignorantes también de dónde viene y para qué...

□□□

Pero entonces, en aquellos tiempos de incipiente y curiosa juventud, ¡qué ansia de rebasar el horizonte de los montes que encierran á San Sebastián! ¡O qué ansia de surcar el mar, en cualquier embarcación del puerto, é ir á cualquier parte, pero ir! ¿No estaba, más allá de los montes y al confín de ese mar, el vasto mundo de los libros, las grandes ciudades, todas llenas del misterio de las aventuras, y en ellas la vida febricente, el campo de las actividades humanas, el ámbito donde se lucha la guerra de la vida y donde se vence ó muere?

Porque, he aquí en este San Sebastián de invierno, el incentivo más grande á la fuga y á la expatriación. Ha pasado el verano, y la ciudad, que por dos ó tres meses estaba llena de ruído, de vida y de cosmopolitismo, de fiestas y de estrépitos, vuelve á reposar, á dormir. El cielo se encapota tenaz, sórdidamente. El viento sopla, gime, y el huracán encrespa las olas y derriba los árboles. Las anchas avenidas, desiertas; el Casino, solitario; la playa, como barrida por el huracán; el cielo, torvo, amenazador; la lluvia que repica en los cristales. La ciudad anegada en la melancolía de los días pasados, muerta, muerta de una muerte catalépsica, muerta, pero consciente de su renacer...

Huir: he aquí mi obsesión culminante; huir lejos, allí donde la vida fuera activa, febril, preñada de sorpresas, de actividades, y hasta de dolor, si ese era el precio de la vida...

□□□

Y entonces, lejos de la ciudad amada, y pasado algún tiempo, desflorada la virginidad de los otros climas y de los otros matices del paisaje y de los otros usos, la ciudad renace en nuestro corazón. No la vemos en sus imperfecciones y en sus modorras, sino en sus días más brillantes y fastuosos, cuando San Sebastián se convierte en ciudad incomparable, cosmopolita, perfumada por el aroma exótico de todos los climas. La vemos elogiada en los periódicos, llenando las crónicas del gran mundo, abarrotada, pletórica, llena de locuras y de amables concupiscencias; jugadores que derrochan su fortuna en el Casino; grandes hoteles, bailes, regatas, su playa, hormiguero de confidencias, de *flirteos* y de conspiraciones políticas; los grandes hombres y los grandes artistas que pasan á nuestro lado, así como las bellas mujeres de no sabemos dónde, y las lindas muchachas, vaporosas y sensualmente descotadas.

La iglesia del Buen Pastor, el más moderno de los templos FOT. HANSER

Ciudad frívola, sí; pero bella, ciudad femenina, y, como tal, no querida por cálculos teóricos, sino como se quiere á las mujeres, con el corazón...

□□□

¡Qué asombroso progreso el de San Sebastián! Allí donde de muchachos jugábamos los domingos ó los días laborables que hacíamos *pimienta*, en aquellos solares lejanos de la ciudad, hoy se levanta la ciudad misma. Cuando quiera tropezáis con forasteros que, no habiendo visitado la ciudad durante ocho ó diez años, la encuentran tan desconocida, que no la encuentran. La desconocen, se les ha despintado, como esos jóvenes que en la edad crítica dan un estirón de esos que los demuda y los hace poco menos que incognoscibles hasta por sus propios padres.

¿Hasta dónde va á llegar este crecimiento contínuo y qué proporciones va adquirir esta ciudad en lo venidero? En San Sebastián todo son proyectos. Siempre se proyecta, se imagina, se trazan las líneas generales de innúmeras empresas. Pero son proyectos que apenas tienen vida como tales proyectos, pues pronto se convierten en realidades. Y la ciudad avanza, y va caminando al campo, y no contenta con esto, trepa por las colinas y los montes, y he ahí que una nueva ciudad, en el flanco de las montañas, contempla á la otra ciudad, á la grande y urbana ciudad que se asienta, regular y como un tablero de ajedrez, entre el Urumea y la Concha.

□□□

Pero detrás de esta linda y coqueta ciudad está Guipúzcoa, la honrada y rica provincia española, la más diminuta de todas. Una nutrida población de agricultores é industriales vive, si no una vida de opulencia, una vida modelo cuyas características, en lo que atañe á la agricultura, son la repartición de la propiedad y el régimen de enfiteusis, y por lo que atañe á la industria, su parcelamiento en pequeños núcleos.

JOSÉ M.ª DONOSTY

Agosto 1916.

ARTE MODERNO

RETRATO, original del ilustre artista Ignacio Zuloaga

INCRUSTACIONES Y DAMASQUINADOS

LOS TRABAJOS ARTÍSTICOS DE EIBAR

DESDE el siglo XVII se conocen los trabajos artísticos y las incrustaciones de oro sobre las armas que se fabrican en Eibar.

Ejemplares magníficos de estas armas aparecen en algunos Museos, primorosamente cinceladas, con inscripciones y adornos incrustados en oro.

Los orígenes de la aparición de esta industria en Eibar son de difícil averiguación.

Entre los artífices que más tarde se distinguieron, figura en primer lugar D. Eusebio Zuloaga, quien, pensionado por Fernando VII para continuar sus estudios en el extranjero, trasladose á París, donde permaneció en el establecimiento de Mr. Lepage, arcabucero del Rey, pasando después á las fábricas de armas de Saint-Etienne.

A su vuelta estableció en Eibar una fábrica de arcabuces y confeccionó unas armas envidiables en lujo de ornamentación.

En sus viajes no sólo estudió las condiciones de precisión y solidez de las armas de fuego, sino también el arte de enriquecerlas artísticamente en su aspecto exterior, y tanto llamaron la atención los trabajos de incrustación y cincelado, que fué nombrado arcabucero de S. M. y Director de la Real Armería de Madrid, que logró poner á envidiable altura, consiguiendo evitar la ruina de preciosísimos objetos que, á causa del abandono en que se hallaban, se veían amenazados de desaparecer bajo el óxido que los corroía.

En esta época es cuando se apercibió D. Eusebio Zuloaga que las armaduras antiguas estaban ornamentadas con adornos de oro sobre una superficie rayada, y con la cooperación de su hijo, D. Plácido Zuloaga, quien desde sus primeros años presentó excelentes disposiciones para cultivar el arte de su padre, y éste, al objeto de aprovecharlas, le mandó á París al estudio del célebre dibujante y escultor Lienard, de donde salió con excelente aprovechamiento, trasladándose después á Dresde á estudiar las armaduras antiguas existentes en el Museo de la metrópoli Sajona.

De aquellos estudios y observaciones fué cuando se hicieron en Eibar, valiéndose de obreros eibarreses, las primeras pruebas de rayar, primero con una cuchilla y una regla y en distintas direcciones las superficies de las piezas á grabar, y gracias á su tenacidad y perseverancia lograron incrustar en las superficies de las mismas el hilo de oro, dando, por lo tanto, el resultado de lo que hoy se conoce con el nombre de damasquinado.

Vemos, pues, que el damasquinado es de reciente creación, pues se remonta á unos sesenta años solamente, y débese aquí al fruto de las investigaciones sobre piezas antiguas llevadas á cabo por el Sr. Zuloaga, como queda expuesto.

Hemos dicho al principio que se conocen desde el siglo XVII los trabajos artísticos é incrustaciones de oro.

Hay que distinguirlos de los trabajos damasquinados actuales.

Aquellos trabajos se ejecutan grabando con el buril en hueco el adorno, preparándola ésta con una punceta en forma de cola de milano y embutiendo el alambre de oro dentro del huco formado, limándolo y puliendo, por fin, la superficie.

El procedimiento del damasquinado consiste en practicar sobre la superficie de la pieza un picado romboidal, á manera del que tienen las limas muzas, con un cuchillete muy afilado y sólo con la continuación, ir trazando líneas sobre el metal é hiriendo su superficie.

Preparada la pieza de esta manera se toma un hilo capilar de oro, colocándolo con un punzón de presión encima del picado ejecutado en el hierro, introduciendo en él por su delgadez y ductibilidad, primero contornando ó trazando los perfiles y rellenando después con el mismo hilo los espacios.

Con el punzón se va golpeando para fortificar el adorno ejecutado, haciendo desaparecer el conjunto de hilos, adquiriendo una adherencia tal que se hace imposible el arrancarlo.

Hecha esta operación se somete la pieza al fuego hasta que adquiera un color negro azulado, y entonces, por medio del bruñidor y los cinceles, se le hace revivir al adorno ejecutado.

Fué, pues, D. Plácido Zuloaga quien hizo que se desarrollara y progresara en gigantescas proporciones el arte del damasquinado.

De sus talleres salieron innumerables obras artísticas, que sería tarea difícil citarlas todas, siendo una de las más notables el sepulcro del general Prim, colocado en el panteón de Atocha, y otras muchas de inestimable valía que se hallan en poder de ricos personajes extranjeros y nacionales.

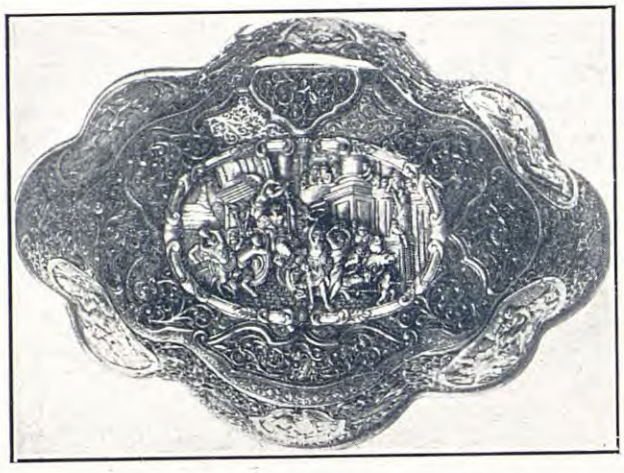
Su obra póstuma fué el altar expuesto en el Santuario de San Ignacio de Loyola, que se admira con verdadero asombro por cuantos lo visitan.

De los talleres de D. Plácido Zuloaga salieron una legión de artistas que han ido sosteniendo la fama del arte que creó, y que hoy, por perfeccionamientos más simplificados, se ha establecido un arte industrial que sostiene más de doscientas familias, exportando sus productos á todos los ámbitos de la tierra y esparciendo por todo el mundo el nombre de Eibar, con que se distinguen estos productos por *objetos de Eibar* y que son hijos legítimos y preclaros de aquellas maravillas primorosamente cinceladas de la época del Renacimiento, y que tuvieron autores como el veneciano Paolo Rizzo conocido por Azzimino que legó á la posteridad un famoso cofrecillo de acero con arabescos de oro y plata, y en cuya tapa aparecía el mapa de Italia, Dalmacia y Albania, en su parte exterior, y en la interior los de España y Francia y en el fondo un planisferio en incrustaciones de oro, y en el cornisamento la firma *Pavlvs, Ageminiv s, faciebat.*

Los talleres—mejor dijera los obradores—de Zuloaga pueden competir dignamente y aun con ventaja, pues no en balde vivimos en tiempos de progreso con el de aquel famoso veneciano Nicolás Rugina que en 1550 labrara el gran plato damasquinado en plata que figura hoy en la colección Dutuit, con los milaneses Giovanni, Ambrogio, Giovanni Pietro Figino, Francesco Pillizone, Bartolomé Piati, Carlo Sevico y Martino Ghinello y otros maestros del arte de la ataugía.

No podía ser de otra suerte, siendo como es D. Plácido Zuloaga de raza de maestros en aquel arte, que dió esplendor á Grecia y á Roma, á Bizancio, á Damasco, á Constantinopla, á Venecia, á Milán, á Augsburgo...

José R. YRIONDO



Joyero cincelado y damasquinado, construido por la casa Farraciaga

Jarrón de hierro repujado con labores de oro y plata

Sepulcro del general Prim, existente en la Basílica de Atocha, una de las obras más importantes de la industria artística eibarresa

FOTS. OJANGUREN Y LACOSTE

LA INDUSTRIA ARMERA GUIPUZCOANA

A LOS españoles que por sistema tachan la producción española y rechazan todo lo que no lleva marca extranjera, puede presentárseles la industria armera como ejemplo de su execrable error.

Más del 90 por 100 de las armas que produce España van al extranjero, contándose entre los países importadores los Estados Unidos de América, Inglaterra, Francia y, antes de la guerra, Alemania.

El año anterior á la guerra, en 1913, cuando todavía los pases industriales sostenían tenaz lucha para colocar sus productos y el consumidor disponía de toda clase de mercancías de distintas procedencias donde elegir, Eibar consiguió colocar 722.688 armas, ó sea la mayor cifra hasta entonces alcanzada.

Vista parcial de la industriosa ciudad de Eibar — FOTS. OJANGUREN

Efecto inmediato de la guerra fué la completa paralización del comercio de armas, debido, al pánico que se apoderó de todo el comercio, y á que los buques no querían admitir esta mercancía, aunque fuera consignada á países neutrales.

Más tarde, el comercio, se ha encontrado sin municiones, debido á que, en los países beligerantes, las fábricas de cartuchos fueron requisadas por los ministerios de la Guerra, y en los neutrales, contratadas ventajosamente por representantes de los países en guerra.

Esta escasez de municiones ha resultado fatal pa.a el comercio de armas, por ir ambas cosas aparejadas.

Afortunadamente, para esta región industrial, pronto el Gobierno francés se dió cuenta de que aquí podía contar con elementos muy importantes; ensayó las armas de Eibar, las encontró excelentes; vió que aquí se podía trabajar dentro de las condiciones exigidas por las Comisiones técnicas, y empezó á firmar contratos que han sido renovados y aumentados, en vista de la completa satisfacción que obtenía. El ejemplo de los franceses siguiéronlo los rumanos, luegos los ingleses, y, últimamente, se ha empezado á suministrar al Ejército italiano.

La falta de demanda del comercio ha sido sudas por los ministerios de Guerra, y en los armeros siguen trabajando mucho, no nos atrevemos á decir más que nunca, pues la virtud del trabajo está arraigada en los armeros, y desde que nacen hasta que mueren, no puede decirse cuándo ha sido más intensa.

El pasado mes de Julio salieron de Eibar 72.894 armas, representando un aumento de 29.082 sobre igual mes del año anterior.

La industria armera tiene también bastante importancia en los pueblos de Placencia y Elgoibar; en otros pueblos, como Deva y Motrico, hay talleres que trabajan para Eibar. Puede calcularse que en Guipúzcoa trabajan hoy de siete á ocho mil obreros en la industria armera.

La producción principal es de revólvers, siguiendo muy de cerca en importancia las pistolas automáticas. La fabricación de escopetas no ha alcanzado la importancia que se podría esperar, por no fabricarse más que determinados modelos de exportación. Esto es tanto más de lamentar por cuanto existen fabricantes de escopetas finas como D. Víctor Sarasqueta, de fama mundial, cuyos productos no tienen nada que envidiar á los mejores extranjeros, pero su producción y la de los demás fabricantes de escopetas finas no guarda relación con el consumo, limitándose casi exclusivamente al mercado nacional.

El año 1913 se inauguró en Eibar la Escuela de Armería, en la que durante tres años se da á los alumnos una instrucción teórica y práctica, con miras á elevar el nivel de conocimientos de los armeros. El edificio actual de la Escuela es soberbio, ocupa el mejor emplazamiento de la villa, tiene un amplio salón de maquinaria, taller de ajuste ó lima y salas de dibujo y clases orales. El Museo de armas que posee la Escuela tiene ya unos 300 modelos distintos, algunos de ellos de gran valor.

Para la prueba de las armas, Eibar y Placencia poseen Bancos de prueba, sostenidos por los mismos fabricantes, pero sin carácter oficial. Por iniciativa de los fabricantes, quienes al velar por la seguridad pública defienden su crédito y sus intereses contra los negociantes de mala fe que quisieran vivir á su sombra, el Gobierno tiene encargado á un dignísimo coronel de Artillería el estudio de la implantación en España de la prueba obligatoria de las armas.

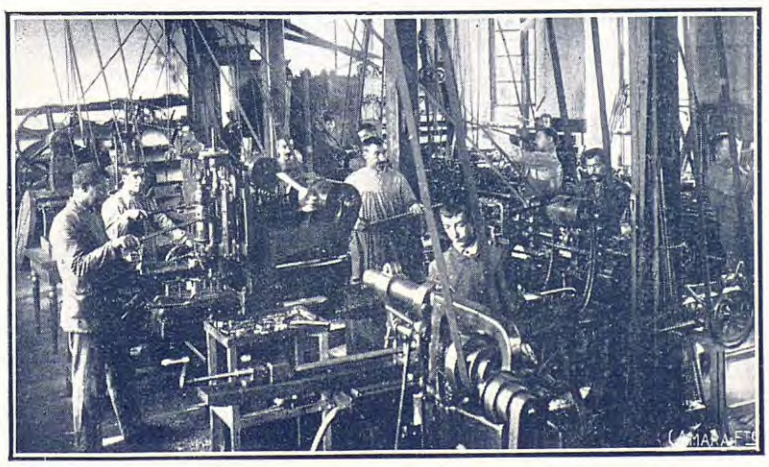
Eibar, que al comienzo de la guerra pasó por el duro trance de tener que emprender obras de carreteras para dar de comer á los que no podían emigrar, se preocupa de su suerte para cuando termine la guerra, y previend que falte trabajo en armas de comercio, vemos levantarse nuevos talleres para construir maquinaria; sin definir de qué clase, aquella de que por el momento haya más necesidad para emprender algo con que vivir, con lo que pueda dar trabajo al mayor número posible de obreros, lo cual es siempre la mayor preocupación del industrial eibarrés, como demostró cuando la última crisis, en la que, agotados todos los recursos propios y los que alcanzaba su crédito, llegó á pagar los jornales con vales, lo cual duró mientras en algunos comercios eran aceptados á cambio de mercancía, y todo ello para producir género que iba al almacén.

¿Pero le conviene á España que esta legión de armeros, que tan útil podía ser en algún momento para la defensa nacional, cambie de oficio ó emigre, antes que resignarse á ello? Creemos que, con nosotros, el lector contribuyente contestará negativamente, pero no deben opinar así los gobernantes, puesto que la Prensa nos ha informado que cientos de millones de pesetas españolas han ido al extranjero en pago de armamento.

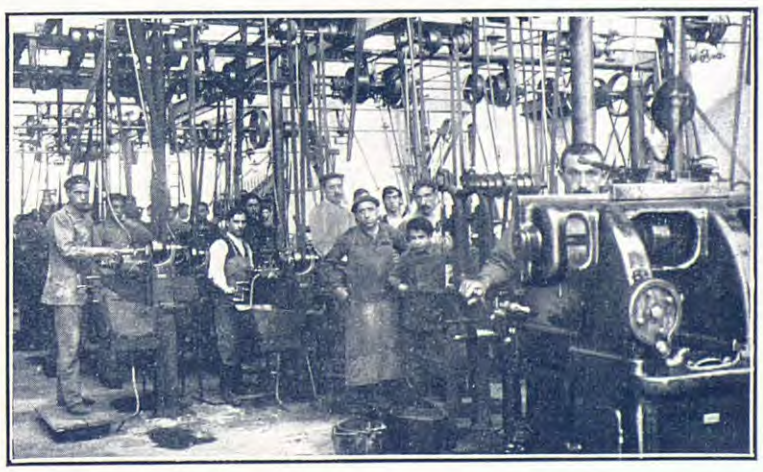
La guerra actual bien claramente ha demostrado que de bien poco sirven las armas y municiones si no hay, dentro del país, elementos de producción para irlas reponiendo, y así podría muy bien ocurrir que los millones que se dice gastamos en la defensa nacional, los invertimos en dar vida á fábricas que un día podrían volverse contra nosotros.

Sabido es que en España la fabricación y venta de municiones está monopolizada por una Compañía que, lejos de crear, ha ido cerrando poco á poco las fábricas particulares de cartuchos que había en el país, hasta que nos quedamos sin ninguna. Es de esperar que al terminar este contrato, el año próximo, no tengamos un ministro de Hacienda capaz de renovar semejante aberración, y al recobrar la industria de explosivos su libertad, veamos que las armas de Eibar puedan disparar municiones eibarresas, para mayor garantía de la paz y prosperidad de la Patria.

VALENTIN ORBEA



Sección de máquinas en la fábrica de escopetas finas de D. Víctor Sarasqueta



Una sección de máquinas en la fábrica de escopetas finas de los Sres. Orbea y C.ª

DE NORTE A SUR

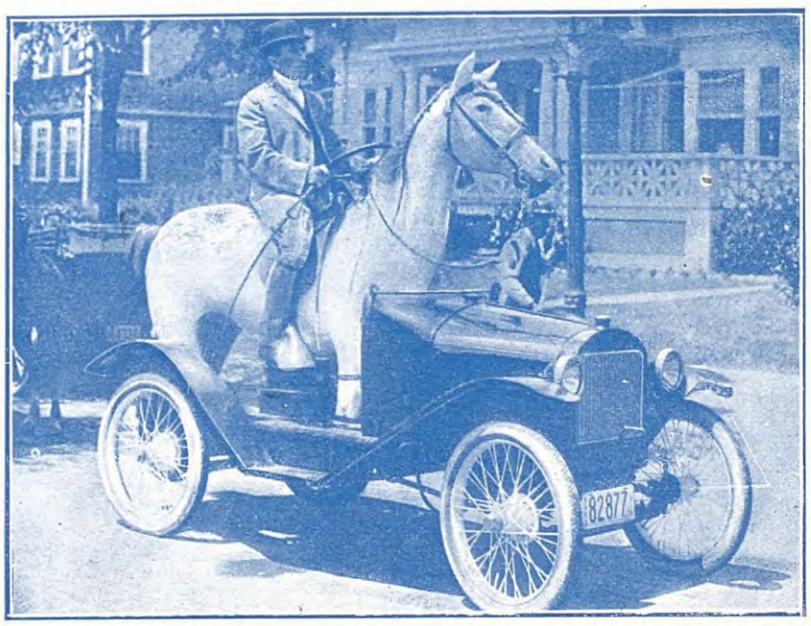
Ni caballo ni auto

Cuando el Sr. Doucette sale de paseo por las calles de Boston, la gente se detiene estupefacta. Por muy acostumbrado que esté un yanki á todas las audacias y á todas las excentricidades, el caso del Sr. Doucette le obliga á quedarse unos instantes con la boca abierta.

No es cosa realmente de todos los días el que un hombre monte á caballo y dirija un automóvil al mismo tiempo, como hace el señor Doucette con mucha seriedad y mucha buena fe de divertirse sin dejar traslucir que se divierte.

Al principio, este complicado artilugio se empleó para un reclamo comercial; después, el dueño le suprimió los letreros y lo utilizó para uso personal. Lo primero no tenía nada de particular; lo segundo sí.

Por de pronto, el Sr. Doucette se complica la vida como esos hombres aficionados á usar dos objetos distintos en uno solo, inventados por el mal gusto de la industria alemana.



El deportista norteamericano Mr. Doucette, paseando por las calles de Boston en su caballo-automóvil FOTS. HUGELMANN

Soporta todos los inconvenientes de la equitación y del automovilismo sin disfrutar ninguna de sus ventajas.

Encaramado en lo alto de su caballo artificial no puede experimentar esa emoción inconfundible del jinete que siente palpitar entre sus piernas el cuerpo vivo y nervioso de su cabalgadura ni lanzarlo al galope ó adquirir esa actitud gallarda de helénico friso cuando el caballo avanza al trote, braceando sus remos esbeltos y finos, entreabierta la boca, vivos los ojos y acariciadas las crines por el viento... No puede tampoco lanzar su auto en ese vértigo enloquecedor de las carreras á lo largo de los caminos que constituye precisamente el encanto primordial de esta clase de vehículos...

Obligado á elegir una indumentaria determinada, el Sr. Doucette no se ha atrevido, naturalmente, al abrigo de pieles, las anteojeras y el casquete de lona del chófer para encaramarse en el caballo. Ha elegido el sombrerillo hongo y las botas de montar y la fusta que añade un detalle grotesco de su inutilidad.

Ignoro si el Sr. Doucette tendrá hijos. Si los tiene tal vez se podrá dar el caso de que un día entren en la dependencia—ni garage ni cuadra—donde éste guarda el artilugio—ni caballo ni auto—y se digan uno á otro:

—Mira, ese es el caballo con que juega papá...

Porque, en el fondo, la distracción del señor Doucette es un poco infantil. Se reduce á soñar con que monta á caballo, subiendo en una caricatura equina de cartón, de madera ó de hierro...

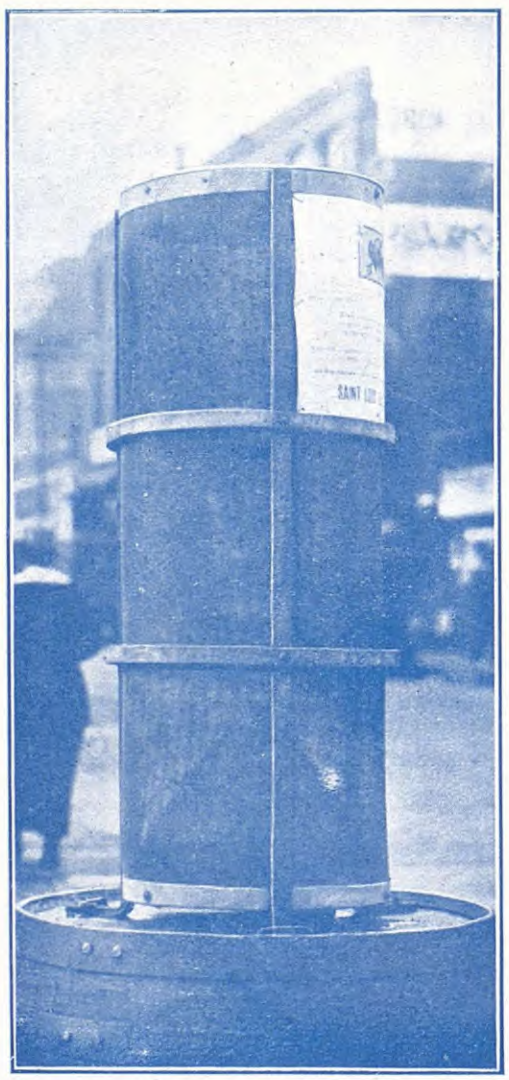
El peligro de las moscas

Con el verano reaparece en todas las naciones civilizadas la guerra contra las moscas. En España no.

En España, las moscas que transportan los gérmenes de todas las enfermedades, tienen un poder absoluto y casi sagrado. Veranear en los pueblos equivale á ser comido por las moscas. Se ve con la mayor tranquilidad cómo pasean por la goma húmeda del biberón que minutos después será introducida en la boca de un niño; cómo danzan sobre los azucareros descubiertos, caen en los vasos de leche ó de vino y son extraídas sin escrúpulo con los dedos; cómo pasan de las llagas de un burro ó de las inmundicias de un estercolero á las mejillas sonrosadas—más ó menos naturalmente—de una muchacha, tal vez en el mismo sitio donde un galán pondrá luego sus labios en un amoroso beso.

La mosca, para el español, representa algo característico de nuestra raza. No se concibe puesto de rosquillas, caramelos y dulces de romería ó verbena sin moscas, y siesta sin moscas, escuela sin que los chicos desdeñen la aritmética por el placer de cazar moscas é introducirles un papelito de seda para que distraigan á sus compañeros volando en torno de la calva del maestro...

El año pasado en Barcelona se celebró un concurso de carteles como propaganda contra las moscas. No sé qué resultado práctico habrá tenido ese concurso, ó si habrá de ser más eficaz que el Papamoscas de Burgos ó los camaleones que vende un hombre en la Puerta del Sol, únicos medios de extinción de la terrible plaga que nosotros podemos oponer á la enérgica campaña que en el extranjero se hace contra el repugnante insecto.



Ingenioso aparato caza-moscas, que ha sido instalado en las calles de San Luis (Estados Unidos), para contribuir de un modo rápido y eficaz á la extinción de la molesta y perniciosa plaga

Yo no sé qué pensarán los señores á quienes, con una benevolencia excesiva y candorosa, llamamos concejales de Madrid, de unos caza moscas públicos instaldaos en San Luis (Estados Unidos). Pero sería conveniente que tomaran nota de ellos, porque después de todo serían más útiles á la vida madrileña que los propios concejales...

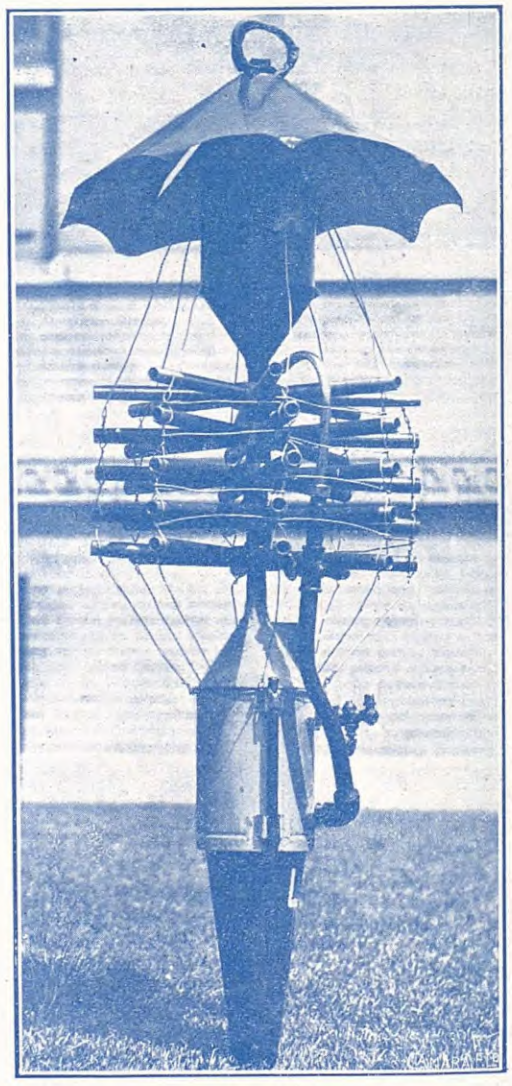
La luz que mata

Este romántico aviador francés que ha volado sobre Berlín y que noblemente, caballerescamente se conformó con arrojar un ramo de flores y una proclama inofensiva, quedará un poco asombrado al saber que hay un aparato todavía más terrible que las bombas de los zeppelines. Los zeppelinistas, cuando se enteren, no se asombrarán solamente; se regocijarán además.

Consiste en un aparato que, al ser lanzado desde lo alto de una aeronave, queda clavado en el suelo é irradia en torno suyo y á gran distancia una luz vivísima. Inapreciable para los reconocimientos nocturnos, se defiende á sí mismo de ser apagado, porque está provisto, además, de cuarenta cañoncitos que disparan en todas direcciones.

Como véis, los hombres no escarmientan. Su sed de sangre es insaciable. Todos los día mueren miles y miles de ellos, y mientras tanto, en los laboratorios químicos, en las fábricas de municiones, otros miles preparan nuevas combinaciones y nuevas armas mortíferas...

José FRANCÉS



Nuevo aparato que al ser lanzado por una aeronave clávase en el suelo é irradia una luz vivísima que facilita los reconocimientos nocturnos, yendo provisto de cañoncitos que disparan en todas direcciones